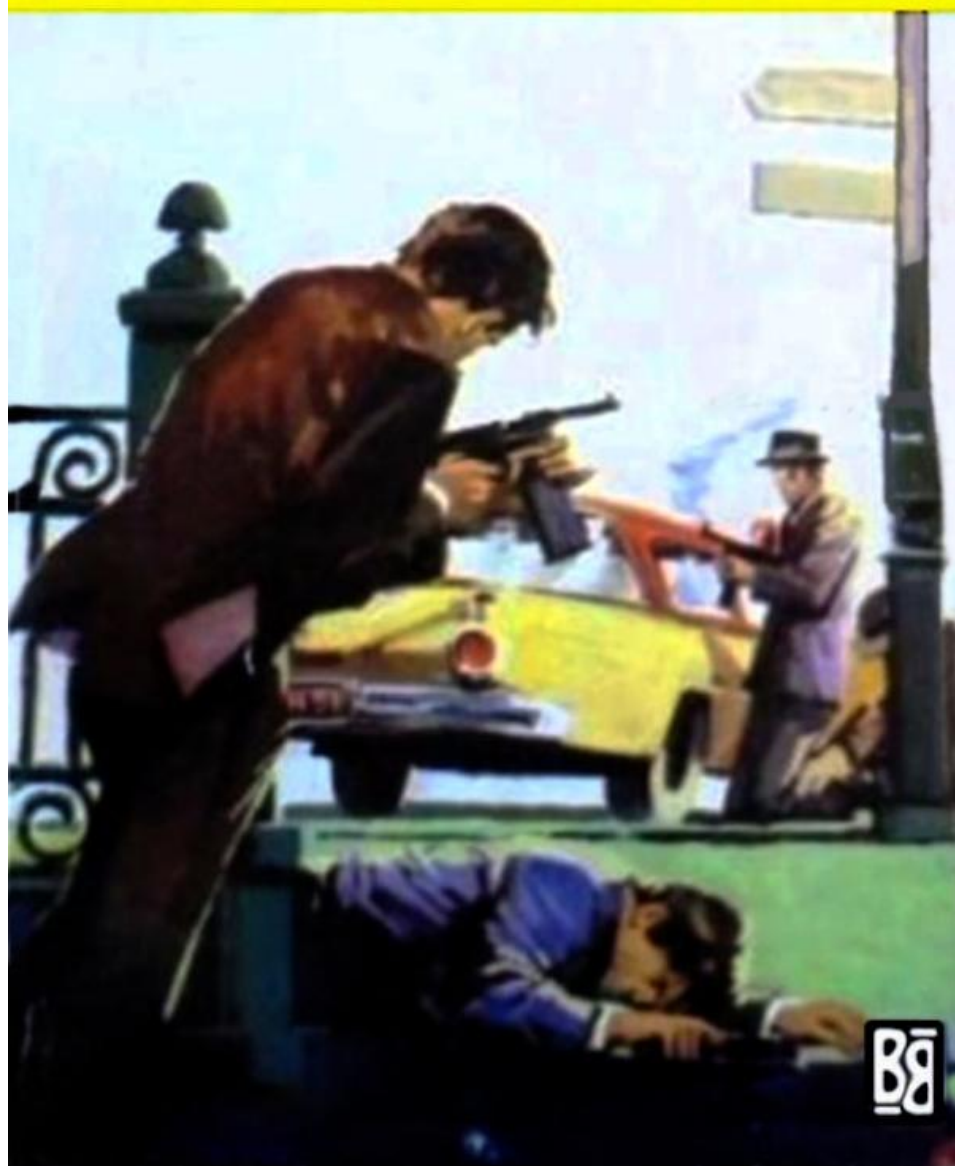


PUNTO
ROJO

cuando la muerte nos visita

Burton Hare



Ba

CUANDO LA MUERTE
NOS VISITA



BURTON HARE

CUANDO LA MUERTE NOS VISITA

Colección
PUNTO ROJO n.º 140
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ



DEPOSITO LEGAL B 28.578 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: DICIEMBRE - 1964

© BURTON HARE - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© LOZANO OLIVERAS - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 6028/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

37 —La evasión.

En Colección SERVICIO SECRETO:

747 —Ventana peligrosa.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

37 —Donde todo es falso.

CAPÍTULO PRIMERO

Miré el gran reloj eléctrico y comprobé que faltaban apenas dos minutos para la liberación. Al otro lado de las sólidas rejas, a pocos pasos de distancia de mi lugar de trabajo, la gente se apresuraba como si también a ellos les hubiera ganado la fiebre de los últimos instantes de encierro.

Bajé la mirada y acabé de contar la última montaña de billetes que empujé a un lado después de efectuar las anotaciones correspondientes.

A mi lado, el cajero jefe entregó una buena suma a míster Palmer, un gran cliente del Banco, y éste se alejó sin contar previamente los billetes. Como siempre que lo veía, me pregunté si los contaría una vez fuera. No me parecía precisamente uno de esos hombres confiados y felices.

Terminaba mi jornada y me alegraba como si realmente se tratara de la liberación después de un prolongado encierro. Tenía mal día, eso era todo. Uno de esos días pesados, en que un grano de arena se nos antoja una montaña de granito. Deseaba salir a la calle y olvidar por unas horas las preocupaciones profesionales, las ingentes sumas que pasaban por mis manos y mis estrecheces económicas.

En una palabra: deseaba sumergirme entre el resto de la gente y hundirme entre el monstruoso engranaje de la ciudad sin pensar en nada, absolutamente en nada más que en la película que me proponía ver después de la cena.

Escuché el seco chasquido de la reja que cerraba la ventanilla del cajero jefe. Levanté la cabeza y advertí entonces que la gran sala estaba vacía y que el mecanismo eléctrico estaba cerrando las enormes verjas de hierro de la entrada.

Salté de la silla como impulsado por un resorte. El cajero gruñó:

—Tiene usted mucha prisa, Clement...

—No... estoy nervioso, eso es todo.

—El calor, amigo mío —sentenció, mientras revisaba una columna de números en una cinta de contabilidad. Tenía la rara facultad de hablar y poder prestar toda su atención a los números al mismo tiempo, así es que al cabo de unos segundos añadió—: Este calor es insoportable y provoca esa tensión inusitada.

Dejé de escucharlo y abandoné el encristalado cubículo. Al diablo el cajero, el Banco y todos sus millones. Por unas horas, yo era un hombre libre.

Entonces, un botones gritó mi nombre desde el otro extremo del mostrador.

—¡Estoy aquí! —exclamé—. ¿Qué pasa?

—Le llaman al teléfono, Clement...

Anduve hasta el aparato y escuché una voz femenina que preguntaba con acento suave:

—¿Es usted Alexander Clement?

—Sí. ¿Quién habla, por favor?

—Un momento... necesito estar segura de que es a usted a quien deseo hablar. ¿Hay alguien que le llame Sandy sólo cuando está borracho?

Pegué un respingo. ¡Un ayudante de caja beodo!

—¡Yo no me emborracho jamás, señora! —exclamé bruscamente.

—Lo siento por usted, amigo, pero el que se emborracha es el que le llama Sandy...

De repente recordé a Robert Wendon y casi grité:

—¡Diablos sí!

—¿Cómo se llama él?

—Bob... Robert Wendon.

—Eso es.

—¿Puede decirme qué significa este jeroglífico, señora?

Hubo una corta risita al otro lado.

—Se lo explicaré cuando nos veamos, Sandy. ¿Le parece bien a las ocho?

—Bueno, no me gusta esta clase de juego. ¿Quién es usted?

—Eso también deberá aguardar hasta las ocho para saberlo...

Estuve tentado de colgar el auricular. Era indudable que se trataba de una broma de mal gusto, tal vez ideada por el propio Wendon para fastidiarme. Siempre estaba burlándose de mi falta de imaginación, de mi vida aburrida y carente de emociones...

No obstante, dije:

—¿Dónde podré verla?

—¿Conoce usted el Trocadero?

—No.

—¡Pero si lo conoce toda la ciudad! Está bien, puritano; hallará el *Trocadero* al final de Nutting Street. Verá el rótulo sobre la puerta. Allí nos veremos. ¿Conforme?

—Un momento... ¿Qué es eso del *Trocadero*, un *cabaret*?

Se echó a reír. Había tanta burla en su risa que me ruboricé estúpidamente.

—No le citaré en un *cabaret* a las ocho de la noche... ¿De qué nido se cae usted, Sandy? Recuérdele, ¿eh? A las ocho nos encontraremos allí, y le aseguro que en su vida ha conocido usted a una mujer como yo.

—Todo esto me parece muy extraño, señora...

—Lo es más de lo que cree todavía, querido. ¿Qué aventuras amorosas ha vivido usted hasta ahora?

Quedé sin habla. ¡Qué desfachatez!

—No me parece una pregunta propia de una dama —dije, escandalizado—. Por otra parte, no creo que un caballero deba andar por ahí hablando de sus conquistas. Es de mal gusto, ¿entiende?

Siguió riendo. El color quemaba en mis mejillas. Casi podía sentir la comezón en todo el cuerpo.

Cuando pudo contener la risa añadió:

—Escuche, Sandy... imagínese una mujer como las que ha deseado en sus sueños... trate de pensar en que le gustaría vivir con ella, y cómo la amaría, y después acuda a las ocho a mi cita. Yo soy esa mujer.

—Pero... pero ¿por qué yo precisamente?

—Tampoco puedo explicárselo hasta que le vea.

—Está bien, iré. Pero le repito que no me gustan esa clase de asuntos. No puedo permitirme un escándalo... Mi trabajo...

—¡Oh, no sea tonto! Todo será muy discreto... extremadamente

discreto, amor. Hasta luego...

Y colgó.

Quedé junto al teléfono como si me hubiesen convertido en un poste de madera. Aquello era una broma. Tenía que ser una broma, de lo contrario no le veía el sentido a semejante cita. Si hay alguien cuyas costumbres sean morigeradas y pacíficas ése soy yo.

Por otra parte, mi puesto en el Banco, en la Caja, exigía una rectitud y honestidad a toda prueba. ¡Ahí es nada, un ayudante de Caja en el *Shearwater City Bank*!

Finalmente, colgué el teléfono y abandoné el mostrador muy preocupado. Si bien es verdad que mi cargo no daba para muchos lujos, no dejaba de ser un empleo seguro y con un buen porvenir. El cajero no se cansaba de repetírmelo, y yo había llegado a hacer mía esa idea. Un hombre sin vicios, pacífico, que odia la violencia y vive exclusivamente para el trabajo forzosamente tiene que prosperar. Y yo reunía esas cualidades, aunque a veces sintiera el deseo de mandarlo todo al infierno, rebelándome contra un sistema de vida que Bob Wendon calificaba de bestializante. Según él, nos convertía en pequeños, tristes e inofensivos animales de costumbres, rutinarios como una máquina, incapaces de crear y de gozar...

Bueno, Bob era un tipo medio loco, borracho y que a ratos se consideraba un pintor tan bueno como los mejores. Lo extraño era que vendía todos sus cuadros, a pesar de que a mí me parecían sencillamente horribles.

Con todas estas ideas y algunas más danzando en mi mente, abandoné el Banco aquella tarde dudando entre acudir a la cita o irme al cine tal como había planeado.

Sin embargo, la curiosidad primero, una curiosidad excitante por demás, y luego un oscuro deseo de probar aquella insólita aventura me decidieron.

Ocupaba una habitación con baño en una pensión cercana al Banco, un lugar serio y respetable. Y allí me encaminé para cambiarme de ropa.

Ya en la habitación, y tratando de engañarme a mí mismo diciéndome que debía quitarme el polvo acumulado, durante horas de permanencia entre papeles y billetes, me metí en la ducha y después perdí mucho más tiempo del acostumbrado a vestirme con cuidado.

Cené en un bar y apenas si advertí el sabor de los alimentos, tan impaciente estaba.

Faltaban quince minutos para Las ocho cuando me detuve frente a la entrada del *Trocadero*. No me gustó en absoluto su aspecto, y menos todavía el lugar en que estaba ubicado.

Nutting Street era apenas un callejón de mala muerte, oscuro y sucio y cuyos olores ofendían la nariz a cualquiera. Y el local aparecía lleno de gentes pendientes del aparato de televisión, absorbidos por un combate de boxeo ofrecido en transmisión diferida.

Tampoco la clientela era capaz de satisfacer a nadie. Caras sin afeitar, rostros brutales y sucios, mujerzuelas... y yo.

Busqué un rincón y me acomodé, conteniendo a duras penas los deseos de marcharme de allí a toda velocidad. No era precisamente el lugar adecuado para un ayudante de Caja de un Banco. Si algún conocido me descubriría...

No quise ni pensar en semejante posibilidad y me dediqué a contemplar cómo se vapuleaban los dos púgiles de la pequeña pantalla.

Un mozo acudió y me vi en dificultades para hacerle comprender que deseaba beber una naranjada solamente. Un simple jugo de naranja, no un *whisky*, ni una ginebra ni... sólo una naranjada.

Se marchó refunfuñando y un siglo más tarde volvió, trayéndome un jugo indefinible, de color rosado sucio. Lo pagué para no tener que verle otra vez la cara al camarero.

Los dos brutos de la televisión estaban pegándose de la manera más salvaje que uno puede imaginar. ¡Qué deporte, diablo! No podía comprender cómo a la gente le gustaba... me pregunté si a Bob Wendon le gustaría también y llegué a la conclusión de que él era muy capaz de practicarlo.

Con muchas precauciones, probé un sorbo del jugo de naranja. Sólo sentir aquella infame bazofia en la boca y mi estómago encabritarse fue todo uno. Desistí de beber semejante veneno y consulté una vez más mi reloj de pulsera. Eran las ocho y un minuto. Yo ya contaba con que la misteriosa mujer que me había llamado no sería puntual. Ninguna lo es, según me habían contado mis conocidos.

Un solitario bebedor que estaba sentado en una mesa vecina se levantó, eructó violentamente y se marchó, dejándose el periódico de la noche abandonado sobre el mármol. Miré a mi alrededor, y como nadie me prestaba la menor atención alargué el brazo y me apodere del montón de papel con la intención de distraerme durante la espera.

Había unos grandes titulares en la primera página. La policía había conseguido acorralar a Lou *Butcher* Watts en un tinglado de los muelles. El asesino se había defendido a tiros y había sido muerto, cayendo al río y hundiéndose rápidamente. Las lanchas de patrulla estaban rastreando las aguas en busca del cadáver.

Daba infinidad de detalles de la batalla y también de la vida del pistolero más buscado de todo el país, un asesino que se había ganado a pulso el apodo de *Carnicero*. Seguí leyendo toda la información, tan interesado como si siguiese una novela de *suspense*. Siempre me habían impresionado esta clase de relatos y no me perdía una sola película de intriga o misterio, tal vez como compensación a la aburrida vida que llevaba, rutinaria como un reloj, sin la más mínima emoción que rompiera la monotonía.

Recordé que precisamente había pensado presenciar una de esas películas aquella noche. Seguramente no sería tan emocionante como la muerte del criminal de que hablaba el periódico, pero podría haber pasado un buen rato. En lugar de eso...

Sobresaltado, consulté el reloj de pulsera. Las ocho y cuarto.

La dama se retrasaba más de la cuenta según mi modo de ver.

Comencé a impacientarme. Me encontraba a disgusto en aquel tugurio. ¿Por qué me habría citado en semejante cueva? Tal vez, para que ningún conocido nos viera... A ella también debía interesarle la discreción, y no era probable que por aquella vecindad pudiera descubrirla ninguna de sus amistades.

Volví a enfrascarme en la lectura del periódico, según el Fiscal, Lou *Butcher* Watts podía ser acusado, por lo menos de once asesinatos en primer grado, además de otros delitos tanto o más repugnantes, como estupro, apaleamiento de mujerzuelas rebeldes que se negaban a pagar sus cuotas a quienes las explotaban, tráfico de drogas y una cantidad de canalladas tal que haría interminable su enumeración. Pocas veces se había dado un caso de salvajismo tan espantoso. Tenía muy bien ganado el plomo con qué la policía

lo había liquidado.

Traté de imaginarme a un hombre tan horrible y carente de sentimientos y fracasé. Tanta maldad no cabía en mi cerebro, acostumbrado sólo a manejar ingentes cantidades de dinero y cifras astronómicas que debían ser anotadas cuidadosamente todos los días.

Pero, según el periodista, Watts había sido un niño descarriado desde que había aprendido a andar, uno de esos pequeños monstruos que escandalizan al vecindario quemando inofensivos gatos y rociando con gasolina al perro del vecino, para prenderle fuego después y dejarlo que salga aullando como una antorcha viviente.

Me estremecí una vez más. ¿Cómo habían permitido que un desquiciado semejante llegara a campar por sus respetos en una sociedad organizada como la nuestra?

Las nueve menos cuarto. Casi pegué un brinco al descubrir lo tardío de la hora. Podía considerar aquello como un plantón con todas las agravantes.

Disgustado por mi credulidad, ni siquiera se me ocurrió hacer ningún reproche a la mujer que me había tomado el pelo. La culpa era mía por haber acudido a la cita.

Pero, ya que estaba en aquel tugurio, esperaré hasta las nueve y después podría marcharme completamente seguro de que se trataba de una burla, aunque no podía imaginar quién la había tramado, a menos de cargarle el mochuelo a Bob Wendon...

Seguí con mi periódico y leí, con el consiguiente asombro, que Lou *Carnicero* Watts no había sido, detenido ni una sola vez. La policía jamás lo había tenido lo bastante cerca para hacerle una sola pregunta, ni ficharle, ni meterle una bala en el cuerpo como había sucedido al fin.

Asombroso.

Pero si uno seguía leyendo ya no lo era tanto.

Watts había gozado siempre de una poderosa protección. Era un tipo muy útil para cierta clase de organizaciones, y por lo visto le habían cuidado con tanto esmero como a un bebé.

Sólo había cometido una equivocación, según el reportero que había escrito el largo reportaje: Lanzarse a dar un golpe sensacional por su propia cuenta y riesgo. Un golpe que le había proporcionado

un botín que se calculaba en algo menos del millón de dólares, pero del que no había podido gozar ni un minuto siquiera. En el cenagoso fondo del río no puede despilfarrarse ni un centavo.

Las nueve.

Tiré el periódico a un lado y me puse en pie. Una hora de espera me parecía más que suficiente, de manera que me encaminé a la puerta diciéndome a mí mismo que después de todo me serviría de experiencia para mis futuros tratos con las mujeres. Al diablo con ellas. Lo que yo tenía que hacer era dedicarme por entero a mi trabajo, como venía haciéndolo toda mi vida, y pronto ascendería a Cajero.

Si me daba prisa, todavía llegaría a tiempo de alcanzar el segundo programa en el cine. Salí a la calle refunfuñando contra mi estupidez, y eché a andar hacia la próxima esquina en busca del *bus*.

Pero no llegué a ella.

Dos hombres surgieron de alguna parte y se colocaron uno a cada lado, flanqueándome. Eran altos y corpulentos y me sentí casi liliputiense entre semejantes gigantes.

—No se ponga nervioso, chico —gruñó uno de ellos—. Va a acompañarnos, a dar una vuelta.

—¿Qué significa esto? —exclamé—. No les conozco a ustedes.

—Eso tiene fácil arreglo —rió el otro—. Ya encontraremos alguien que haga las presentaciones... Ande hacia ese coche negro...

Me detuve en medio de la acera.

—No voy a ir a ninguna parte con ustedes. Debe tratarse de una equivocación y...

—Nada de equivocaciones —afirmó el primero—. Usted es nuestro hombre, míster Clement.

—¿Cómo saben mi nombre?

Se rieron, tan divertidos como si estuvieran gozando de un ameno pasatiempo. No podía entender a semejantes tipos.

—No nos ponga dificultades, palomo. Andando.

Algo muy duro presionó mi costado. Cuando bajé la mirada vi que se trataba de un terrible revólver y casi me desmayé. Yo sólo había visto esos revólveres de cañón recortado en las películas y en la televisión, y en aquellos instantes tenía uno apretado contra mis costillas.

Me empujaron sin contemplaciones, y cuando me di cuenta estaba en el asiento trasero de un gran coche negro, que se puso en marcha tan suavemente como si no tocara el suelo.

Los dos pistoleros me tenían emparedado entre los dos y el revólver continuaba apretado contra mi costado.

Temblando, incapaz de comprender lo que me estaba sucediendo, logré balbucear:

—¿A dónde me llevan? Les aseguro que se trata de una equivocación...

—¿Sí? —rió el que parecía hablar con sordos gruñidos.

—Nunca me molestado a nadie —insistí—. ¿Qué se proponen hacer conmigo?

—Hace demasiadas preguntas, chico. Cierre la boca y todo irá bien.

Absurdamente, se me ocurrió pensar que no podía consentir que me hicieran perder la noche. A la mañana siguiente tenía que estar en el Banco. No había faltado al trabajo ni una sola vez, sólo un día había llegado con tres minutos de retraso a causa de una huelga de transportes, cuando vivía lejos del centro. El director lo había comprendido y mi retraso no había constado en mi ficha, de manera que no podía permitir que dos gorilas como aquéllos la ensuciaran por un capricho, o una equivocación estúpida.

—¿Pueden decirme por lo menos por qué me llevan con ustedes? Además, ¿cómo sabían dónde me encontraba?

Eso les provocó otro ataque de hilaridad.

—¿Oyes eso, Bruin? —exclamó uno—. Pregunta cómo sabíamos que estaba en aquella taberna...

Bruin coreó sus carcajadas, pero después explicó:

—La chica que te ha citado es de las nuestras, estúpido.

No lo comprendí todavía.

—Miente —dije, recobrando un poco de valor—. No tenía ninguna necesidad de citarme allí... ustedes podían haberme encontrado al salir de mi casa, o del Banco...

—¡Ya ha dicho Myra que era un pajarito recién caído del nido! ¿Cómo íbamos a echarte mano en tu casa o en el Banco? Los dos sitios son céntricos y concurridos. Era demasiado riesgo para un tipo como tú. Y ya hemos hablado bastante; a callar ahora.

Me di cuenta que estábamos atravesando el *Manhattan Bridge*,

rumbo a Brooklyn. ¿Adónde me llevarían?

Me dediqué a pensar en lo insólito de cuanto me sucedía. No estaba muy inquieto todavía, más bien desconcertado, aturdido por algo que no podía haber pensado que me sucediese a mí en todos los días de mi vida. Aún estaba seguro que, a pesar de conocer mi nombre, se trataba de una equivocación.

Nos dirigimos al sur de Brooklyn a creciente velocidad. Veía las luces deslizarse como centellas fuera del coche, y las gentes apresuradas que poblaban las aceras, y chiquillos jugando y alborotando con sus chillidos... Y a mí me llevaban secuestrado. No tenía pies ni cabeza.

Unos minutos después, el auto entró en un dédalo de callejuelas lóbregas y sucias. Yo había leído alguna vez en los periódicos que existía ese barrio de casuchas miserables, reliquia de otra época y condenadas, a ser demolidas en un futuro próximo, para edificar en su lugar edificios modernos y confortables. Lo único que iban a respetar eran las innumerables iglesias que poblaban todo el distrito, las más antiguas de las cuales estaban precisamente entre los inmuebles destinados a derribo.

Y ante uno de ellos se detuvo el coche. Antes de abrir ninguna portezuela, el llamado Bruin masculló:

—Vas a andar delante de nosotros sin hacer ninguna tontería, ¿comprendido? Te llenaré de plomo si tratas de armar escándalo.

—Lo único que deseo es hablar con el que dirige este juego. Se ha equivocado, eso es todo, y deseo demostrárselo.

—Seguro que hablarás con él, chico. Pero no esta noche. Vamos abajo.

Entramos en la casucha, encendieron las luces y me guiaron hacia una estrecha escalera que se hundía en el suelo. Un sótano. Y por si faltaba algo, húmedo y frío como una nevera.

—Aquí estarás bien, palomo... —rió Bruin—. Para ti, es como una habitación del «Waldorf»... hasta encontrarás comida y alguna revista para que pases el tiempo sin alborotar.

Me dieron un empujón y los últimos peldaños los bajé dando tumbos, de manera que aterricé sobre un suelo de cemento húmedo y durante unos instantes permanecí quieto, aturdido por el golpe.

Escuché el ruido de una puerta y el chasquido de una llave en la cerradura. Después, un silencio tan sólido como el de la muerte

reinó a mi alrededor.

Una débil bombilla pendía del techo y esparcía una luz triste por el reducido espacio. Pude ver que las paredes eran de cemento sin pulir. En el centro había una mesa de madera carcomida y una silla vieja. Sobre la mesa, un plato no demasiado limpio contenía algunos emparedados. También había dos revistas ilustradas, un paquete de cigarrillos y un estuchito de fósforos.

Pero no existía el menor agujero en semejante pozo. Ni ventanas, ni respiraderos. El único hueco era la puerta cerrada, y a juzgar por su aspecto era sólida como una barrera de acero.

Aturdido, me dejé caer en la silla y traté de pensar con calma. Y así comenzó a pasar aquella noche interminable.

CAPÍTULO II

Desperté sobresaltado. La nuca me dolía y estaba entumecido de frío. Me había quedado dormido con la cabeza entre los brazos, sobre la mesa.

Miré el reloj y vi que eran casi las cinco de la madrugada. Me levanté de un salto, temblando y con los dientes castañeteándome. El frío había penetrado hasta mis huesos. Las paredes rezumaban humedad, lo que me dio a entender que me encontraba cerca del río.

Comencé a dar zancadas de un lado a otro para entrar en calor. No lo conseguí hasta después de un tiempo interminable. Entonces me senté otra vez en la silla y devoré los emparedados pensando que sus calorías harían reaccionar mi aterido estómago.

Tras esto, encendí un cigarrillo y otra vez reanudé los rápidos paseos, midiendo la estancia de un lado a otro como una lanzadera.

De vez en cuando, me detenía para prestar atención a la puerta con la esperanza de oír algún rumor al otro lado. Pero lo mismo hubiera sido aplicar el oído a la puerta de una caja fuerte del Banco.

Comenzaba también a preocuparme seriamente. ¿Qué dirían en el Banco si no acudía al trabajo sin dar ninguna explicación? Eso me atormentaba, por cuanto desconfiaba ya de que me soltasen a tiempo de llegar a la oficina antes de la hora de entrada.

Y no me soltaron en todo el día.

Hasta las tres de la tarde no se abrió la puerta y mis dos captores aparecieron en el umbral, Bruin llevaba otro plato con más emparedados, y su compañero empuñaba su revólver, con el que me amenazó cuando entraron, obligándome a echarme a un lado.

—¡Esto es intolerable! —grité, exasperado—. ¡Exijo que me lleven ante su jefe, o quien sea que dirige esta inaudita conjura!

—¿Oyes que bien parlotea el chico, Bruin? Cualquiera diría que está en sus oficinas...

—Dile lo que le espera y quizá se calle de una vez. Me aburre este trabajo. Horas y horas arriba, para nada. Éste no va a escapar.

—Ni dejándole la puerta abierta se atrevería a huir, seguro. Es un pajarito...

Bruin había dejado el plato lleno y se llevaba ya el vacío. Traté de avanzar para cerrarle el paso, pero el otro me empujó con el revólver.

—Mira, chico —gruñó—, no me importa meterte un plomo aquí mismo, ¿sabes? De todas maneras voy a hacerlo, pero sería mejor en el lugar indicado... nos ahorrarías mucho trabajo.

—¿Qué... qué está diciendo?

Desde la puerta, Bruin refunfuñó, aburrido:

—Vamos a darte el *paseo*. Ya sabes lo que es eso, ¿no? Supongo que de vez en cuando ves la televisión.

Se echaron a reír y salieron, cerrando sólidamente la puerta.

Iban a darme el *paseo*.

¡EL PASEO!

¡Iban a matarme!

La idea estalló en mi cerebro como una bengala de luz, pero con un estallido sordo que repercutió dentro de mi cráneo paralizándome.

¡Iba a morir!

Eso era todo. Una y otra vez, la idea de la muerte martilleó en mi mente como si se propusiera convencerme de la realidad, o tal vez quisiera acostumbrarme a la proximidad del fin para que no sintiera el inmenso terror que me dominaba en aquellos instantes.

Pero ¿por qué?

¿Por qué tenían que asesinarme a mí?

¡A mí, precisamente!

¿Qué había podido hacer yo para provocar la ira de aquellos asesinos?

Nada.

Iba a morir por una equivocación. Hasta cierto punto era aterradoramente cómico. Alguien se equivocaba y un hombre moría.

Una especie de contabilidad bancaria. Un chupatintas sufría un

grave error de cálculo y la cosa le costaba el puesto.

A mí, el error de ese alguien desconocido iba a costarme la vida.

Tardé casi una hora en salir de aquella especie de estupor. Advertí que estaba sentado en la silla igual que un muñeco roto, desmadejado y sin fuerzas. No había nacido para semejantes situaciones. Una cosa era verlas en el cine y emocionarse con las aventuras de un héroe apuesto y bravo, capaz de desnucar a un corpulento pistolero con uno solo de sus golpes, y otra muy distinta verse envuelto en un lío tan terrible sin comerlo ni beberlo, como suele decirse.

Encendí un cigarrillo. Mis dedos temblaban. Estaba seguro que si trataba de ponerme en pie mis piernas me fallarían, de manera que seguí sentado buscando una solución que no existía por ninguna parte.

Me dije que un héroe cinematográfico, por obra y gracia de los guionistas, sabría cómo librarse del encierro con una sencillez espeluznante. Intenté adivinar qué haría uno de esos apuestas galanes en mi lugar; seguro que hallaría la manera de provocar un Cortocircuito con la luz, de tal suerte que la casa ardería por sus cuatro costados y los bomberos le salvarían cuando estuviera a punto de perecer abrasado.

Pero también llegué a la conclusión de qué, si yo lo intentaba, todo lo más que conseguiría sería fundir un plomo, con lo cual mi triunfo se reduciría a quedarme a oscuras.

Tampoco la puerta me ofreció ningún posible camino de escape. Era sólida y la cerradura me pareció una *Yale* tan sólida por lo menos como la recia puerta.

Acabé desesperado, dando vueltas de un lado a otro, masticando sin apetito algunos emparedados, notando una sed abrasadora, y sin haber dedicado es sólo vistazo a las revistas.

De pronto, advertí que el reloj se me había paraca a las cinco de la tarde. No tenía la menor idea de la hora que era, y eso acabó de exasperarme.

Ya no recordaba el Banco ni mis obligaciones ni nada que no fuera mi próxima muerte. Seguro que mi cabello había encanecido en las últimas horas.

No pude saber tampoco qué hora marcaban los relojes del mundo cuando la puerta se abrió y mis dos verdugos hicieron su

aparición. El mismo gorila de antes empuñaba su maldito revólver y Bruin llevaba las manos vacías. Sonreía como un lobo.

—Arriba, chico —dijo alegremente—. Es hora de que te de un poco el aire.

—Apuesto a que ha pillado un reuma con esta humedad —le coreó el otro.

Me acerqué a ellos sintiendo que mis piernas temblaban. Hice un tremendo esfuerzo para mantenerme erguido.

—Por favor imploré. —Llévenme basta el hombre que les manda... Se ha equivocado conmigo, ¿no se dan cuenta? ¡No pueden matarme por un error!

—¿Quién habla de equivocaciones? Tú eres Alexander Clement, ayudante de cajero en el *Shearwater City Bank*. ¿Es así o no?

—Sí; pero...

—Entonces, andando, chico. Tú eres nuestro pajarito de esta noche.

Me empujaron y salí tambaleándome. Indudablemente era yo el hombre que ellos deseaban matar, pero eso no me aclaraba el porqué de su elección.

Subí las escaleras a trompicones, sintiendo enormes deseos de sollozar, pero notando una sorda ira en el fondo de mi desesperación. Era inaudito que cosas semejantes pudieran suceder en nuestro tiempo. ¡Y sucederme a mí precisamente! ¿De qué me servían mis años de honestidad, de conducta intachable, de agachar el lomo ante todo aquel que estaba por encima de mí, tuviera o no razón?

El coche aguardaba delante de la puerta. Mis dos guardianes se detuvieron el tiempo justó de cerrarla con llave y después me empujaron hacia el auto, mientras Bruin comentaba con una risita que daba escalofríos:

—No te alborotes ahora, chico. Verás cómo no sientes nada... es cuestión de medio segundo.

Estaba en medio de la acera y ellos detrás de mí cuando la cosa sucedió. Fue tan repentino, que en los primeros instantes pensé que me asesinaban allí mismo. Sonó una descarga, una ráfaga interminable de disparos y los proyectiles aullaron encima de mí. Todo lo que se me ocurrió hacer fue lanzarme de cabeza al suelo y rodar hacia donde estaba el auto.

Los dos criminales, estupefactos, reaccionaron a tiro limpio, pero sin saber exactamente contra quién debían tirar. La ráfaga, se repitió una vez más. Pude ver saltar el estuco de la vieja pared de la casa.

Bruin aulló:

—¡Larguémonos de aquí, Tony!

—¿Dejando a ése?

—¡Maldito sea! —exclamó Bruin, fuera de sí—. Le daré su merecido ahora mismo...

Estaban en el suelo, enroscados como gusanos. Vi a Bruin rodar a un lado y algo llameó en su mano. Noté un golpe en alguna parte de mi cuerpo y todo se volvió súbitamente borroso a mi alrededor, pero pude escuchar todavía al otro que gritaba:

—¡No seas imbécil, no podemos matarlo dejándole aquí!

La especie de niebla que se instalaba ante mis ojos se hizo más consistente. Dentro de mí, un trozo de plomo estaba matándome implacablemente sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo...

Este pensamiento me infundió energías suficientes para luchar contra la inconsciencia que me vencía y traté de arrastrarme para ponerme fuera del alcance de los asesinos... pero apenas si pude moverme un par de metros.

Escuché los pasos de los dos cuando escapaban a todo correr, alejándose velozmente. Advertí también el denso silencio que se había adueñado del callejón. Nadie parecía tener interés en averiguar qué había sucedido.

Fue en aquel instante, que percibí la presencia de alguien cerca de mí. Tras esa impresión, noté un perfume penetrante y dulce, pesado tal vez, que ahuyentó en un instante el olor a pólvora que tenía metido en mi nariz.

Creí que deliraba cuando la voz llegó hasta mí.

—¿Está mal herido, Sandy?

Era una voz de mujer... y yo no podía responder. La oí gemir entre dientes y murmurar:

—¡No he podido evitarlo...! Dios...

Parpadeé, o por lo menos eso intenté hacer, pero la niebla era ya impenetrable. No pude verla, y cuando sonó el estridente pitido de un guardia ella echó a correr y yo quedé solo en medio de la acera. Poco a poco, casi dulcemente, me pareció que descendía en lo más

profundo de un pozo sostenido por unas manos gigantes, como si me depositaran sobre un lecho de algodón...

Hasta que recobré la conciencia de vivir y me encontré tendido sobre una cama de hospital, entre blancas paredes y olor a formol en lugar del perfume de mujer que recordaba de manera sorprendente.

Todo esto lo advertí gradualmente, a medida que el velo ante mis ojos se aclaró. También me di cuenta de que alguien entraba en la habitación y se inclinaba sobre mí.

—¿Cómo se siente, usted, míster Clement?

Era un hombre de unos cuarenta años, cubierto con una bata blanca. Su cabello negro y corto, se le encrespaba sobre la frente.

—No lo sé muy bien —dije con voz apenas perceptible—. ¿Qué hospital es éste?

—El *Bellevue*. ¿Se encuentra con fuerzas para hablar?

—Creo que sí...

—Bien.

Retiró las ropas de la cama y se inclinó más sobre mí. Tanteó en mi pecho y así descubrí el vendaje que me rodeaba.

—¿Es grave, doctor? —quise saber con un hilo de voz.

—Ahora ya no, pero nos costó dar con la bala... no tiene que inquietarse. La operación fue un éxito y no tardará mucho en poder salir de aquí.

Se irguió. Me miró fijo antes de decir:

—¿Quiere hablar ya con la policía, míster Clement? Si no se siente lo bastante fuerte puede aplazar la entrevista...

—¿Para qué? Imagino que tendré que verlos, así es que tanto da ahora como más tarde.

—No debe excitarse usted, ¿comprende?

—Sí...

Salíó. Menos de un minuto después apareció un hombre bajo y rechoncho, aunque ágil y fuerte. Se quitó el sombrero y durante unos instantes pareció no saber qué hacer con él, hasta que lo dejó en el suelo, al lado de la silla que acercó a la cama.

—Soy el teniente Mac William, míster Clement. Tenía mucho interés en hablar con usted.

—Lo supongo.

—Llevo dos días esperando. ¿Está dispuesto a contarme lo

sucedido?

—¡Un momento! ¿Qué es eso de dos días?

—Los que lleva usted en el hospital.

—¡Dos días!

—Olvidaba que ha estado inconsciente —dijo—. Tuvieron que hacerle una operación bastante complicada, según los médicos. No encontraban la bala, ¿sabe usted?

—No sabía nada de eso, sólo que me habían operado.

—Afortunadamente, todo ha salido bien. Cuénteme lo que sucedió, míster Clement. ¿Pudo usted ver a alguno de los pistoleros que armaron el tiroteo?

Le miré, asombrado. ¡Diablos si los había visto!

—¡Naturalmente que sí! —exclamé—. Por lo menos, a los que querían darme el *paseo* a mí.

Respingó en su silla.

—¿De qué *paseo* está hablando?

Le relaté mi aventura del principio al fin. El hombre se quedó tan estupefacto que cuando terminé siguió callado, rumiando lo que acababa de saber.

—¡Inaudito! —refunfuñó al final—. De manera que esos dos criminales acababan de sacarlo de aquella casa para meterle.

—Eso es...

—Es absurdo... He hecho una completa investigación respecto a usted. No lo tome a mal... tenía que hacerlo en vista de que no recobraba el conocimiento. Y estoy seguro de que no hay nada en su pasado que pueda relacionarlo a usted con pistoleros de ninguna clase. El Banco ha dado informes inmejorables de su conducta.

—Lo celebro.

Se mantuvo callado unos instantes más. Al final gruñó.

—Debían estar equivocados. Le tomaron por otro.

—Yo también lo creía así, pero me convencieron de que era a mí a quien buscaban. Sabían mi nombre, dónde vivía, dónde trabajaba... todo. Incluso el detalle de mi amigo Wendon.

—Sí, claro...

Hubo otro largo silencio.

—Tampoco me explico quién atacó a los pistoleros cuando llegaron a la acera... Le salvaron a usted la vida, ¿se da cuenta?

—Perfectamente, teniente.

—Y resulta un ataque muy curioso... las dos ráfagas que se dispararon, fueron dirigidas muy altas. Acribillaron la pared a más de dos metros del suelo. Un pésimo tirador... a menos que apuntara alto intencionadamente.

—¿Con qué objeto?

—Para no herir a nadie, claro...

—¿Para qué hacer eso? Ellos dirigieron bien su tiro contra mí. No era una farsa, de eso estoy seguro.

—Naturalmente que no —convino él—; no obstante, hay una serie de detalles tan absurdos que no tienen explicación de momento. ¿Está seguro de que uno de los matones se llamaba Bruin?

—Por lo menos, ése era el nombre que empleaba, y el otro creo que Tony... no sé más, teniente.

—Cuando salga de aquí deberá usted revisar nuestro archivo. Quizá estén fichados y sea fácil identificarlos. Pasemos ahora a la mujer. ¿No recuerda si pudo ver a la que se acercó a usted después de caer herido?

—No la vi, sólo escuché su voz.

—Otra frase sin sentido...

—Usaba un perfume muy penetrante.

—No nos sirve de nada. Todo esto es algo de pesadilla. Nuestra única esperanza es localizar al inquilino de aquella casa... si es que existe. Hay infinidad de edificios vacíos en aquel barrio, a punto de ser derribados.

Se levantó y permaneció unos instantes indeciso, como buscando otras preguntas que formular. Por lo visto solamente se le ocurrió una.

—Hay otra posibilidad —dijo entre dientes—. ¿Tiene usted algún familiar que posea una fortuna?

—No.

—¿Seguro?

—¡Caray! ¿No voy a saber yo los familiares que tengo? Toda mi familia se reduce a una tía solterona que vive en el Oeste, no sé exactamente dónde... jamás la he visto.

—¿Rica?

—No... vive de una pensión del Gobierno.

—Había pensado que si tenía que entrar usted en posesión de

una herencia, otro miembro de su familia podía desear quitarlo de en medio para quedarse él con el dinero.

—No hay nada de eso, teniente.

Se encogió de hombros.

—Le tendré al corriente, míster Clement. Y después de saber lo que acaba de decirme, le pondré un guardia ante la puerta de la habitación. No quiero correr riesgos. Si esa gente ha decidido acabar con usted, pueden intentarlo otra vez, ¿no cree?

Y tras esto se marchó, dejándome con una nueva inquietud. ¿Sería posible que semejante pesadilla no hubiese terminado todavía?

El médico volvió poco después. Me tomó la temperatura, examinó una vez más el sólido vendaje y se dispuso a abandonarme. Antes que lo hiciera indagué:

—¿Cuánto tiempo voy a tener que permanecer aquí, doctor?

—No sé... depende de cómo se recupere usted. Cuatro o cinco días... o tal vez más.

Al quedar solo pensé en el Banco y en mi trabajo. ¡Cuatro o cinco días!

Pero realmente fueron diez los que pasé en el hospital, con un policía siempre frente a mi puerta como si guardaran un secreto de Estado...

CAPÍTULO III

Bob Wendon ocupaba un estudio en el *Village*, un desordenado cubículo en la azotea de una vieja casa de apartamentos. Cuando entré, el día siguiente de mi salida del hospital, lo encontré tendido en la cama de cara al techo, fumando y mirando con ojos turbios las telarañas qué colgaban de la lámpara de bronce.

—Así que todavía estás vivo —comentó por todo saludo—. He leído tus aventuras en los periódicos, Sandy... ¿A quién se le ocurre meterse con esa gentuza?

Me dejé caer en un viejo butacón cuyos muelles chirriaron una indignada protesta al recibir mi peso.

—No me he metido con nadie, y tú deberías saberlo —protesté—. ¿Qué te ha dicho la policía?

—Nada en absoluto. No comprendo cómo me han metido a mí en el embrollo...

—Por lo de *Sandy*... Esa gente sabía que tú me llamabas así cuando estabas borracho.

—Tendré que cambiar de costumbres. Ya he contado eso a los polizontes.

—Cuéntamelo a mí.

—Bueno... Fue una noche, en un bar. Un tipo entabló conversación conmigo. Yo estaba algo bebido, ¿comprendes? Y él me dijo que trabajaba en un Banco. De ahí salió todo; yo le hablé de ti, de lo aburrido que eras y de la vida de escarabajo que hacías. Entonces debí mencionar ese detalle del nombre, aunque no lo recuerdo.

—Ya veo... ¿Sabes, una cosa, Bob? Esa vida de escarabajo que tú dices se ha terminado.

Se incorporó sobre un codo, mirándome sin dar crédito a lo que

oía.

—¿Te has vuelto loco? —Gruñó—. Tú has nacido para estar detrás de una reja bancaria, muchacho.

—El director del Banco no opina así. Me han despedido.

Acabó de sentarse en el lecho y colocó los pies en el suelo.

—¡No es posible!

—¡Diablos si lo es! Según él, un empleado de Caja que se ve envuelto en esta clase de líos no puede seguir trabajando en un Banco... No es digno de confianza, ¿comprendes? Supongo que imagina que cualquier día me largaría con el contenido de la caja.

—¡Qué gentuza! ¿Y tu conducta hasta la fecha qué?

—Eso no cuenta para nada ahora. Me han dado una indemnización, me han cubierto de buenas palabras, pero les ha faltado tiempo para ponerme de patitas en la calle.

—Ya veo... De todas formas, deberías alegrarte de eso, muchacho. Quizá ahora aprendas a vivir.

—Tendré que aprender, y rápido. No tengo dinero suficiente para vivir de renta, Bob.

—De momento, eso no debe preocuparte. Puedes trasladarte aquí, Cabemos los dos perfectamente, y a mi lado es posible que consigas quitarte las telarañas del cerebro, a pesar de que has estado acumulándolas durante años.

—Estoy bien en la pensión y...

—Tonterías —me interrumpió, tajante—. Vas a venir a vivir aquí. Lo pasaremos bien, ya verás...

Así fue como me trasladé al estudio de Bob, lo que representó un alivio para mis ahorros.

La primera noche que pasé con él, cuando ya estaba casi dormido, él barrió mi sueño de golpe al comentar:

—Me pregunto cuándo lo intentarán de nuevo.

—¿Cuándo intentarán qué? —dije, con voz soñolienta.

—Echarte el guante otra vez.

Pegué un brinco y quedé sentado en la cama.

—¿Por qué tienen que intentarlo nuevamente?

—Hombre, si hace quince días le estorbabas a alguien, supongo que sigues siendo un estorbo en la actualidad.

—¡No seas cenizo, Bob!

—Tienes que enfrentar los hechos de cara. Tú mismo estás

convencido de eso, pero no te atreves a confesártelo.

Una vez más, tenía toda la razón, pero me abstuve de decírselo. En lugar de eso volví a tenderme en la cama y traté de dormir.

Resultó un esfuerzo inútil.

—Dime, Bob —refunfuñé al fin—. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—¡Oh, diablos! Ésta es una pregunta cargada con dinamita. Te diga lo que te diga, no tendrá ningún valor.

—No importa.

—Bueno, lo primero, me procuraría un revólver cargado. Después, esperaría a esos dos matones y cuando aparecieran los dejaría secos. Apuesto a que eso daría mucho qué pensar al que los manda.

—¿Serías capaz de matar a dos hombres, Bob?

—Sin duda alguna, tratándose de un caso como el tuyo.

Lo pensé un poco y acabé convencido de que él sería muy capaz de hacerlo. Mientras estaba pensando en todo esto, Bob añadió:

—Aunque, pensándolo bien, esta vez les costará un poco más de trabajo dar con tu paradero. Fuera del Banco, y habiendo cambiado de domicilio, tendrán que gastar las suelas de sus zapatos buscándote.

—Sí, pero si realmente tienen tanto interés en encontrarme...

Me interrumpí, notando como una corriente de hielo culebreaba por mi espalda hasta agujonearme en la nuca. Bob levantó la cabeza y trató de verme en la oscuridad del cuarto.

—¿Qué estás pensando, Sandy?

—¡He sido un idiota, Bob! —exclamé.

—Bueno, eso no resulta nada nuevo tratándose de ti.

—No bromees, condenado.

—Bueno, ¿por qué has sido ahora más idiota que de costumbre?

—Porque dejé esta dirección a la dueña de la pensión para que me remitiera cualquier carta que llegara para mí.

—¡Maldita sea!

Saltó de la cama y tanteó la oscuridad hasta que sus dedos hicieron chasquear la llave de la luz. La pequeña lámpara sobre mesa iluminó su cara estupefacta.

—No se me ocurrió pensar en eso, Bob... dejé estas señas y tu número de teléfono. Recibo varias publicaciones bancarias a domicilio... y un par de revistas...

—¡Es inaudito, muchacho! ¿Por qué no publicas tu nueva dirección en las notas de sociedad? Esos tipos darán contigo en cuanto se lo propongan... ¿Qué demonios tienes en lugar de sesos?

—Empiezo a hacerme esa misma pregunta —confesé—. El caso es que nunca me había metido en estos troles. Bob. No sirvo para eso.

—Pues tendrás que espabilarte si quieres conservar el pellejo. Después de todo, es tu vida la que está en juego.

—Está bien, apaga la luz y vamos a dormir. Por la mañana iré a ver a mi antigua patrona para que no de esas señas a nadie.

Refunfuñó, pero apagó la luz y unos minutos más tarde escuché su acompasada respiración. Por mí parte, el sueño se negaba a acudir a mis desesperadas llamadas. Un miedo indefinible me mantenía despierto, como si no pegando los ojos pudiera alejar el peligro que yo comprendía bien se cernía sobre mí.

Hasta que, muy avanzada la noche, caí en una pesada modorra poblada de tétricas pesadillas que me arrastraban a mundos de espeluznante quimera.

Hasta que me despertó el repiqueteo del teléfono. Pesadamente, me incorporé en el lecho, pero ya Bob había encendido la luz y soltando maldiciones se dirigía al aparato.

—¡Hable quien sea! —aulló—. Es casi el amanecer, pero no importa. La gente decente no suele dormir y...

Calló cuando las vibraciones a través del auricular se hicieron tan estridentes que llegaron hasta mí. Entonces gruñó:

—Sí... está aquí. ¿Quién es usted?

Salté fuera de la cama.

—No se pondrá al aparato si antes no se identifica usted, hermana.

Llegué a su lado cuando de nuevo estaba escuchando con gran atención. Los nervios tiraban de mí en todas direcciones mientras aguardaba.

—Se lo diré, pero le advierto que segundas partes nunca resultaron buenos, niña...

Me alargó el aparato al tiempo que advertía:

—Dice que es la mujer que se acercó a ti cuando estabas caído en la acera. Me imagino que es otra encerrona, de manera que cuidado con lo que dice...

Con manos temblorosas acerqué el auricular al oído y dije:

—Clement al habla...

Una voz de mujer, excitada y aguda, habló a borbotones.

—¡Por favor, tiene que ayudarme usted, Sandy!

—¿Yo?

—Salvé su vida... y a causa de eso quieren matarme...

—¿Qué usted salvó mi vida?

Bob apretó su oreja contra el teléfono, intentando percibir lo que la mujer decía.

—¡Sí, sí! Tiene que creerme. Y ahora estoy en un apuro.

—¿Cómo me ha localizado?

—Por su antigua patrona... Todo el día me han tenido vigilada, pero esta noche he podido eludir al hombre que me seguía y así he conseguido llegar hasta la pensión...

—Todo esto está muy bien —dije, aturdido—, pero no comprendo nada de lo que se refiere a la noche del atentado.

¡Por favor, se lo explicaré después! Necesito que me ayude a ocultarme o a salir de la ciudad... no tengo dinero ni un lugar seguro a donde ir.

—No que puedo hacer yo. Ni tampoco comprendo por qué tendría que hacerlo. Reconozco su voz, ¿comprende? Usted me llamó al Banco para citarme en aquel tugurio y facilitar mi captura. ¿Pretende que caiga en la misma trampa por segunda vez?

—¡Oh, Dios mío! Yo hice todo lo que usted dice, pero me habían asegurado que se trataba solamente de secuestrarle el tiempo necesario para hacerle confesar la combinación de la caja fuerte... después supe que iban a matarle y lo evité como pude... disparando desde una casa abandonada para asustar a Tony y al otro.

—¿Usted hizo eso?

Bob me arrancó el auricular de las manos de un tirón y se encargó de seguir con la discusión.

—Mire, hermana, cuéntemelo a mí si quiere. No soy tan crédulo como Sandy... ¿Desde dónde está hablando?

Escuchó, asintió con un gesto de cabeza y luego gruñó:

—¿Quiénes la persiguen?

Nuevo silencio.

—No le diremos una palabra más si no responde a eso, amiguita. ¿Quiénes son los que quieren matarla?

Escuchó con creciente atención y me hizo una seña para que estuviera atento.

—De acuerdo, de acuerdo, estoy dispuesto a creer que su situación es desesperada. Pero dígame cómo se llaman esos pistoleros de que me habla... ¿Tony Staithes?... Repítalo...

En voz baja ordenó:

—Anota los nombres, Sandy...

Tomé un lápiz y él repitió aquel nombre. Después insistió:

—¿Y el otro...? Sí... Gerome Bruin, ¿eh? ¿Son los mismos que iban a asesinar a Sandy?... Ya veo...

¿Qué espera exactamente que hagamos nosotros?... No... lo único que se me ocurre es que venga usted aquí, a mi casa...

Pegué un respingo y le hice señas para que no siguiera adelante. Yo conocía a aquellos desalmados y estaba seguro que nos matarían sin remisión.

—Sí, ésas son las señas... veo que esa patrona es muy complaciente... Tome usted un taxi y venga inmediatamente. La ayudaremos, si comprobamos que sus intenciones son realmente las que dice... No puede tardar mucho en llegar, ¿eh?

Colgó bruscamente y se volvió hacia mí. Una burlona sonrisa aleteaba en sus labios gruesos y expresivos.

—Va a venir, muchacho —anunció—. Está histérica de miedo.

—Eso dice ella, pero seguro que es otra encerrona para que puedan encontrarme.

—Mira, muchacho, no pierdas las riendas. Ella tiene esta dirección, que ha conseguido en la pensión que ocupabas antes. Si sólo hubiese querido localizarte para mandar a los pistoleros contra ti no tenía que hacer todo este drama. ¿No te das cuenta?

—Quizá han querido asegurarse de que estoy aquí.

—¿Poniéndote sobre aviso? Eres un tipo asombroso, hijo. De todas maneras vamos a hacer algunos preparativos.

En pijama, se encaminó hacia un rincón donde un enorme baúl, rodeado de herrajes y que según Bob databa de la época de la colonización, servía de almacén para todos sus trastos inútiles.

Revolvió dentro de las atestadas entrañas del mueble, y cuando se irguió lo hizo empuñando un descomunal revólver como yo no había visto otro en toda mi vida, excepto en los films del Oeste.

—¿Qué te parece? —exclamó, radiante—. Un *Smith & Wesson*

«44» de la época heroica. Auténtico.

—¿Qué piensas hacer con esa reliquia? —dije, asombrado—. No pretenderás ahuyentar a esos pistoleros con esa pieza de museo...

—¿Crees que no funciona?

Manipuló en aquel trasto y seis grandes cartuchos cayeron en su mano. Entonces hizo funcionar el gatillo y me demostró que todavía funcionaba a la perfección.

—¿De dónde has sacado semejante cañón, Bob?

—Me encargaron unas ilustraciones, y lo adquirí, para documentarme, en una tienda especializada en antigüedades. Verás el susto que se llevan esos tipos si asoman por aquí. Esto suena como un cañón.

Volvió a meter los cartuchos en el cilindro. No me pareció el arma más adecuada para enfrentarse con aquellos asesinos, pero era mucho peor hacerlo con las manos vacías, de manera que le dejé la iniciativa.

—Esa mujer no tardará en llegar —dijo—, y si vienen siguiéndola como ella teme será nuestra oportunidad, de manera que vamos a esperarla a la calle, Sandy.

Le seguí sin replicar. En la acera, miró a su alrededor, reconociendo el terreno, como un militar antes de una batalla. Tuve la impresión de que él estaba divirtiéndose con todo aquel embrollo. Envidié entonces su manera de vivir, su carácter optimista y abierto... y su valor que estaba demostrándome.

—Voy a ocultarme en esas escaleras del otro lado de la calle, Sandy —me advirtió—. Desde ellas, con los ojos a nivel de la acera, domino toda la manzana sin que puedan verme. Tú te colocarás en la otra, lo suficiente lejos de mí para que no te fusilen si es que hay tiros.

—Mira, Bob... sería mejor llamar a la policía. El teniente Mac William me ordenó que le notificara si advertía cualquier anomalía a mi alrededor...

—¡Oh, al diablo la policía! Si no ocurre nada te soltarían un sermón y te calificarían como un tipo asustadizo. Vamos a hacer lo que te he dicho.

Obedecí, ya que después de todo estaba arriesgándose por mí. Ambos nos instalamos en las escaleras de los sótanos que se hundían bajo la acera. Sobre mi cabeza, la barandilla metálica

coronaba aquella especie de oscuro pozo.

No podía ver a mi amigo, agazapado en la escalera de la casa vecina, pero lo imaginé allí, al acecho como uno de los viejos luchadores del Oeste, con su revólver en la mano y todos los sentidos alerta...

Dejé de forjar fantasías cuando escuché el rápido taconeo que se acercaba procedente de mi izquierda, o sea, del lado en que estaba Bob.

Si era la mujer que aguardábamos, no nos había hecho caso en lo del taxi y se acercaba a pie...

Pero me había equivocado. La mujer pasó de largo, andando con su paso elástico y apresurado. Alguna pájara nocturna después de su trabajo...

La seguí con la mirada, viéndola desaparecer en las sombras del extremo de la manzana. A causa de esa distracción no advertí la llegada del taxi hasta que se detuvo al otro lado de la calzada, frente a la casa de Bob.

Atisbó por entre los barrotes de la barandilla, casi conteniendo la respiración. El chófer había encendido la luz del interior, dejando ver a una mujer que se inclinaba hacia adelante, dándole algunas monedas. Intenté distinguir sus rasgos, pero era imposible a aquella distancia y con tan poca luz.

Entonces vi acercarse el otro coche. Era un *coupé* de color oscuro y avanzaba despacio por el centro de la calzada. Tan despacio y tan silenciosamente que me pareció una aparición fantasmal, negra como la misma muerte. Llevaba las luces apagadas, de tal manera que resultaba una sombra solamente, más densa que las que dominaban la calle.

El taxi se puso en marcha y la mujer quedó en la acera, mirando el oscuro portal de la casa. Deseé gritar, advertirla del peligro...

El coche estaba casi frente a la escalera donde Bob permanecía a la expectativa. La muchacha comenzaba a moverse entonces, acercándose a la casa... y el auto estaba llegando a su altura.

—¡CUIDADO!

No pude contener el grito. Todas mis fuerzas se me fueron en el aullido que se extendió por toda la manzana como un clarinazo, pero que llegó perfectamente hasta la mujer, porque la vi volverse rápidamente y mirar hacia el coche que seguía deslizándose como

un gigantesco gato.

Entonces, un enorme estampido terminó definitivamente con el silencio nocturno y una llamarada centelleó en el escondrijo de Bob. El revólver había entrado en funciones.

Repitió sus disparos una y otra vez, mientras desde el coche lanzaban una andanada de plomo hacia donde estaba la muchacha, que rodó por la acera como una muñeca de trapo.

El revólver de Bob resultó tan efectivo como él había pregonado a juzgar por el estallido de cristales. El coche aceleró la marcha brutalmente, rechinando las llantas sobre el asfalto. Bob les mandó otro disparo todavía, con su ruido de cañón, y una vez más demostró que con aquella arma en la mano era temible. Hubo un alarido dentro del auto, y éste comenzó a pegar bandazos de un lado a otro, rozando a los que estaban estacionados a lo largo de las aceras... y cuando esperaba verlo estrellarse y dar un par de volteretas, enderezó el rumbo y huyó como una centella.

Entonces, como si me hubieran soltado desde una altura, me dejé caer sobre los escalones. Al mismo tiempo, los gritos de los vecinos se adueñaron de la calle y comprendí que tenía que hacer algo.

Salí de estampida hacia la otra acera. Bob estaba llegando allí cuando yo me incliné sobre la muchacha.

—¡Es ella, Bob! —exclamé.

—¿Quién?

—La que se acercó a mí cuando me hirieron...

—¡Pero si no la viste! ¿Cómo puedes saberlo?

—Por el perfume, Bob... No he podido olvidarlo.

Se dejó caer de rodillas a mi lado.

—¿Está muerta? —preguntó.

—No lo sé.

Vi que seguía empuñando su enorme revólver, pero entonces lo dejó en el suelo y se dedicó afanosamente a reconocer a la mujer.

Unos instantes después, cuando los primeros curiosos nos rodeaban, murmuró:

—Todavía respira, pero no creo que viva mucho. La pobre chica estaba diciendo la verdad cuando nos ha hablado por teléfono.

—Y me salvó la vida. Tenemos que hacer algo por ella.

—Mucho me temo que éstos no nos lo permitan.

Levanté la cabeza. Dos guardias muy excitados estaban abriéndose paso entre la gente y se precipitaban hacia nosotros. Comprendí que el asunto pasaba a otras manos y dediqué una última mirada al desmadejado cuerpo.

Era una muchacha que apenas si tendría veintidós años, con un tipo soberbio y una cara de rara belleza, a pesar de encontrarse sus facciones alteradas por el dolor.

Una oleada de ira me invadió. En aquellos momentos, yo también me sentí capaz de empuñar un revólver y matar sin ningún escrúpulo a los cobardes asesinos capaces de truncar la vida de una muchacha como aquella...

Unas manos rudas me arrancaron de allí. El guardia me apartó a empujones, y cuando me disponía a protestar, Bob me agarró del brazo y me arrastró hacia la entrada del edificio.

—Mantén la boca cerrada, muchacho —me aconsejó—. Ya hablarás con el teniente si quieres, pero ahora te ahorrarás muchos quebraderos de cabeza si te apartas del asunto.

Subimos a su estudio. Allí vi que llevaba el revólver metido entre el pantalón y la camisa. Cuando lo sacó pareció que lo acariciaba.

—Me pregunto si en la época en que lo emplearon para matar pieles rojas resultó tan efectivo como esta noche —comentó.

Una sirena se acercó. Poco después otra le hizo coro. Salí a la pequeña terraza y miré a la calle. Una ambulancia estaba aparcando junto a la acera.

La pobre muchacha iba camino de un destino tan incierto como la misma vida.

CAPÍTULO IV

—¿Está seguro que hirió a uno de ellos? —puntualizó el teniente Mac William.

Bob dejó escapar un suspiro.

—Ya le he dicho lo que sucedió con el coche. Seguro que el conductor encajó uno de mis plomos. Otro de los pistoleros debió sujetar el volante en el último segundo y logró hacerse con el coche. Ya antes les había astillado los cristales.

—Sí, ya lo ha contado también.

Estaba furioso por no haberle avisado tan pronto la muchacha nos llamó por teléfono, pero después de todo no tenía nada legal con que acusamos, de manera que se concentró en todo lo demás.

—Esos dos nombres nos servirán, ahora que los sabemos —refunfuñó, de mal talante—. Igualmente, si los médicos consiguen salvar a esa chica es posible que pueda decirnos algo más.

—¿Cómo está ella? —quise saber.

—Muy mal... tiene tres heridas de bala, una de ellas muy fea, en el pecho. Si se salva será de milagro.

—¿Saben quién es, teniente?

—Sus documentos estaban en el bolso. Se llama Myra O'Connor.

Una de esas muchachas que alternan en los *cabarets* para aumentar las consumiciones, ya saben...

Dirigió una mirada al revólver que descansaba sobre una mesa.

—Usted no tiene licencia para uso de armas, míster Wendon. Tendré que hacer constar eso en mi informe.

—Hágalo. Poseo ese revólver como elemento de trabajo. Necesito documentarme para mis ilustraciones. Tengo también un rifle de pedernal si le interesa...

—No intente tomarme el pelo a *mí*, muchacho —refunfuñó el policía—. Un rifle de pedernal no puede disparar seis balas de plomo como este revólver. A propósito, ¿de dónde sacó los cartuchos? No creo que existan en el mercado hoy día...

—Me los dieron junto con el revólver cuando lo compré.

—Ya veo... Siendo así no deben quedarle más.

—Ni uno, teniente. Los seis que había en el tambor los he disparado esta noche.

—Bien... creo que siendo así le dejaré el revólver —se volvió hacia mí y me advirtió—. Quiero hacerle comprender que es su vida la que se juega con su falta de colaboración, *míster Clement*. Si se empeña en no llamarnos hasta que ya se han disparado los tiros, no puedo garantizarle la más mínima protección.

—Ya lo sé. De ahora en adelante haré las cosas tal como usted desea.

—Eso espero, por su propio bien. Veré si consigo encontrar en nuestros ficheros los nombres de Bruin y Staithes. Si es así tendrá que identificarlos usted, *míster Clement*. ¿De acuerdo?

Asentí y él se despidió, marchándose con sus acostumbradas prisas. Bob rió entre dientes y se acercó a su baúl, donde revolvió otra vez hasta levantarse con una canana de cuero repujado, que exhibió como si fuera un trofeo de guerra.

—Cuando compré el revólver —dijo, riendo—, lo hice junto con su cartuchera y canana, tal como se llevaban en el Oeste... y aquí hay casi treinta cartuchos más.

Procedió a cargar nuevamente el revólver y hecho esto lo guardó en un cajón, volviendo a esconder la canana en el baúl.

—Por si las moscas, chico —dijo.

—Voy a llegarme hasta el hospital, Bob...

—¿Qué?

—Quiero estar cerca de esa chica. No puedo quitarme de la cabeza que si se encuentra entre la vida y la muerte es por salvarme a mí...

—Eres un sentimental, Sandy, aunque por mí puedes hacer lo que quieras. Pero ten cuidado, esos tipos pueden estar al acecho. No estarán tranquilos mientras la muchacha siga con vida.

—¿Crees que no lo sé?

—Está bien, chico. Me encontrarás aquí cuando regreses. Todas

estas emociones han despertado mis ansias creadoras y creo que voy a trabajar un poco... Por otra parte, dentro de dos días tengo que entregar ese cuadro si no quiero que me arranquen la piel a tiras.

Lo dejé preparando la paleta y los pinceles y bajé corriendo las escaleras, pensando en Myra y lo que había hecho por mí.

El hospital estaba custodiado por la policía, pero conseguí llegar hasta la enfermera encargada del registro y allí me enteré que la mujer herida estaba en el quirófano.

—Esperaré —dije—. ¿Podrá avisarme cuando termine la operación?

—Sí..., pero la policía no le permitirá quedarse.

—Así es, amigo. ¿Puede darme su nombre?

Me volví en redondo, sólo para verme cara a cara con un hombre joven y delgado, muy alto, que me miraba con una leve sonrisa en sus labios.

—Sí, claro —dije—. Me llamo Alexander Clement. El teniente Mac William me conoce. Puede preguntárselo si quiere.

Tomó nota de mi nombre y después dijo:

—Lo haré. No se mueva de aquí, míster Clement...

Se alejó.

Encendí un cigarrillo y fui a sentarme en una silla colocada cerca de la ventana. Durante unos minutos contemplé el ir y venir de las enfermeras y médicos de servicio, y el lento paso de los guardias que vigilaban aquella parte del hospital. Por lo visto, Mac William no deseaba correr más riesgos con la chica.

Acababa de pensar en él cuando lo vi aparecer en compañía del policía que me había tomado el nombre.

—¿Qué diablos hace usted aquí, Clement? Gruñó con cierto disgusto.

—Quiero interesarme por esa muchacha, teniente. Me considero obligado hacia ella.

—Ya veo... ¿Sabe que está siendo intervenida en estos instantes?

—Sí. ¿Qué dicen los médicos?

—No son muy optimistas que digamos. Ya le he dicho a usted antes que está muy grave. ¿Va a quedarse aquí el resto de la noche?

—Sí. Hasta que pueda verla no me iré.

—No le comprendo a usted, Clement... ¿Por qué quiere verla? No podrá hablar con ella hasta que recobre el conocimiento, y

suponiendo que eso ocurra tal vez pasen un par de días... y entonces no podrá verla tampoco hasta que yo la haya interrogado.

—No me importa. No tengo nada que hacer.

Me miró con cierta sorpresa.

—¿Cómo es eso, y el Banco?

—¿No sabe usted que me echaron a la calle?

—A ver, cuénteme...

Le dije lo sucedido y la manera como me habían tratado.

Cuando terminé sacudió su redonda cabeza y refunfuñó:

—Esa gente de los Bancos son una raza aparte... ¿Qué piensa usted hacer ahora?

Me encogí de hombros.

—Tendré que buscar otro empleo, pero no quiero hacerlo hasta que termine esta pesadilla. No deseo que me despidan de otro lugar de trabajo si esos pistoleros me encuentran otra vez.

—Si vuelven a encontrarle, Clement, creo que no deberá preocuparse de su trabajo. Esa gente no falla dos veces el mismo asunto.

—Es usted único para alentar a los demás...

Se fue, riéndose entre dientes. El policía larguirucho lo acompañó.

Contemplé el amanecer a través de los grandes ventanales. Terminé los cigarrillos y casi agoté mi provisión de paciencia.

Advertí como, poco a poco, el hospital iba cobrando vida. Cambiaron el turno de las enfermeras y otra ocupó el puesto de la encargada del registro.

Los policías siguieron en sus puestos hasta que a las ocho, otros vinieron a relevarlos.

A las ocho y diez minutos apareció Mac William con su cara abotargada por el sueño y el cansancio.

—¿Qué le parecería una taza de café, Clement? —preguntó, agarrándome por el brazo y arrastrándome con él.

Me encontré en la calle casi sin advertirlo.

—¿Cómo está Myra, teniente?

Me miró, sonriendo cansadamente.

—Según el cirujano, tiene una probabilidad entre cien de salvarse, pero mi impresión es que ha agarrado esa oportunidad por los cabellos y no la suelta. Está en una habitación, con una

enfermera permanentemente a su lado y un par de guardias en la puerta.

—¿Cree usted que vivirá?

—¿Por qué no? Es una muchacha joven y fuerte. No está minada todavía por la vida disipada que ha empezado a llevar, de manera que yo apostaré a su favor. Vamos, tranquilícese y vamos a desayunar.

Me llevó a una cafetería y él mismo encargó desayuno para los dos. A juzgar por lo que pidió, era un hombre de apetito tan sólido como su aspecto.

—Dígame, Clement —murmuró, mientras esperábamos—. ¿Está usted enamorado de esa chica?

—¡No diga tonterías, teniente! No he hablado jamás personalmente con ella. Sólo la he visto cuando estaba en la acera, inconsciente... y usted me pregunta si me he enamorado de ella. ¿Cree que esto es un serial?

—Podría serlo, por lo que respecta a usted. Es una chica muy linda, ¿no le parece?

—Sólo siento agradecimiento por ella.

—Bueno, bueno... era solamente una pregunta sin importancia. Después del desayuno podrá verla.

—Gracias.

Me miró de reojo, con el ceño fruncido. Pero acabó por sonreír de aquella manera cansada que tenía por costumbre.

Mastiqué el desayuno sin apetito alguno, pero el teniente lo engulló con evidente placer. Cuando terminamos pagó él la cuenta y regresamos al hospital.

—¿Sabe usted, Clement? Siento cierta debilidad por usted, lo crea o no lo crea...

—Me asombra, teniente.

—Verá, en la vida de un policía se dan casos sorprendentes, más de los que usted pueda imaginar. Pero muy raras veces se le presenta a un pobre polizón la oportunidad de hablar con la víctima de un asesinato...

—Tiene usted un sentido del humor más retorcido que un sacacorchos.

—Nada de humor. Usted es una víctima ideal. Ha escapado una vez por pura chiripa, porque despertó la conciencia de una mujer

que todavía no estaba estropeada del todo. Pero estoy sumamente interesado en saber si le atacarán de nuevo o no. Eso es todo, ¿comprende?

—No; ni una palabra.

—Es fácil de comprender... Si no vuelven a molestarle, es que ha dejado de interesarles, lo cual nos llevará a creer que sólo querían echarle el guante cuando trabajaba en el Banco. Lógicamente, si es así, Usted representaba para ellos una palanca para desvalijar las arcas del sótano blindado. ¿Está claro?

—Es completamente absurdo. Yo no conozco la combinación de las arcas del sótano, ni poseo la llave ni...

—Pero ellos podían creer que sí.

—Estaban demasiado bien informados. Supongamos que me atacan nuevamente. ¿Qué indicará eso, según usted?

—Pues, que ese interés por quitarlo a usted de en medio no tiene ninguna relación con el Banco, y entonces habrá que bucear en su pasado. En alguna parte debe existir la razón que empuja a alguien a querer verle muerto.

—Así no llegará usted a ninguna parte. Nada hay en mi pasado que pueda provocar un asesinato. Desde niño he vivido pacíficamente dedicado al estudio primero y a trabajar después, cuando murieron mis padres en un accidente de aviación.

—¿Cobró usted el seguro de vuelo?

—Sí. Es el único dinero que tengo en mi cuenta de ahorros. No lo he tocado nunca.

—¿Y no tiene usted parientes?

—Ya le dije que no, teniente. Es absurdo buscar el motivo del atentado por ese lado.

—Bueno, bueno; no se excite.

Un ascensor nos llevó hasta el sexto piso. Mac William me guió por un largo pasillo hasta una puerta custodiada por dos agentes de uniforme.

—Podrá verla unos instantes —murmuró, empujando la puerta y cediéndome el paso—. Pero no intente hablarle siquiera. Está totalmente inconsciente.

Era cierto. La hermosa cara de la muchacha apenas si tenía un poco más de color que la blanca almohada en que reposaba. Sus negros cabellos aureolaban su rostro, acentuando la palidez de cera

de su piel.

La enfermera que permanecía al lado del lecho semejaba una estatua, pero me tranquilizó saber que estaba allí en todo instante.

No sé el tiempo que estuve inmóvil, con la mirada fija en aquellas atormentadas facciones. Poco a poco, un tumulto de sensaciones desconocidas por mí hasta entonces fueron apoderándose de mis sentidos, al mismo tiempo que una extraña ternura hacia la mujer herida me invadía.

Ella me había salvado la vida. Ésa era la única idea que conservaba con relación a Myra O'Connor.

Y por haberme salvado la vida, estaba al borde mismo de la muerte.

—Vamos, Clement, salgamos de aquí.

El teniente me arrastró con él fuera de la habitación.

—¿Y bien? —inquirió, ofreciéndome un cigarrillo.

Eché a andar a su lado hacia los ascensores.

—Es una salvajada que no tiene perdón —dije—. Esa pobre muchacha...

—¿Y qué? Sucede todos los días.

—No para mí. Si pudiera encontrar a esos criminales...

Se detuvo y pulsó el botón de llamada, mientras soltaba una leve risita.

—Si usted los encontrara, amigo mío, pasaría a ocupar una de las mesas de mármol del depósito de cadáveres. No es usted el tipo adecuado para entendérselas con esa clase de matarifes.

Yo sabía que él tenía razón, pero el odio que había despertado en mí, viendo el pobre rostro de la muchacha herida, crecía a cada instante empujándome a creer que mis fuerzas eran más poderosas de lo que habían sido siempre.

Llegó el aparato y no volvimos a hablar hasta que estuvimos en la planta baja. Allí, Mac William demostró que a pesar de su rudo aspecto todavía conservaba algo de humano en el fondo, porque se acercó al registro y dio instrucciones para que me permitieran visitar a la paciente una vez al día.

Tomaron mi nombre y hecho esto el teniente se despidió. Pero antes de marcharse, cuando estábamos en la acera, al lado de su coche oficial, todavía me advirtió:

—No dude en llamarme si advierte cualquier cosa sospechosa a

su alrededor. Es preferible acudir a una alarma infundada que a un funeral. Recuérdelo.

Y se fue, dejándome en medio de la acera como un poste.

Anduve ensimismado en multitud de pensamientos inéditos para mí. Toda la ordenada rutina que hasta entonces había sido mi vida había caído hecha añicos. Y yo estaba seguro que con ella había caído también mi conducta ordenada e intachable. No tenía más que hacer dos pequeñas comparaciones para darme cuenta de la realidad que me había rodeado hasta entonces... Myra había arriesgado su vida para salvar la mía, cuando se había dado cuenta de que iban a matarme. Y, según la sociedad en que me había desenvuelto hasta entonces, Myra era una mujerzuela... una chica de *cabaret*...

Por otra parte, el director del Banco, uno de los más altos representantes de esta misma sociedad, no había dudado en echarme a la calle, condenándome al ostracismo, ante el simple hecho de que unos pistoleros habían atentado contra mí, sin que valieran para nada los años de esclavitud dedicados a mi trabajo.

Hice mentalmente estas comparaciones y las conclusiones que saqué trazaron mi futuro camino.

Compré los periódicos de la mañana y continué andando hacia el estudio de Bob, con los diarios bajo el brazo.

Las aceras estaban llenas de gente apresurada, una multitud con sus problemas cotidianos y minúsculos, si uno los comparaba con los míos.

Pensé que entre tanta gente le sería fácil a un hombre seguirme sin que yo pudiera advertirlo. Eso me hizo adoptar algunas precauciones, tal como había visto hacer a los protagonistas de las historias cinematográficas, pero no logré ver el menor rastro de nadie sospechoso.

Tampoco en la calzada había ningún coche deslizándose a poca velocidad, detrás de mí. Acabé diciéndome que no sería en pleno día cuando se acercarían a mí por segunda vez.

Bob estaba absorbido por su trabajo. Fantásticas formas tomaban cuerpo sobre el lienzo, entre un estallido de colores delirantes. Si aquello era pintura, yo me sentía capaz de convertirme en un genio.

Me tumbé en la cama y desplegué uno de los periódicos. Leí todas las noticias que se referían al atentado de la noche anterior, y

a pesar de que eran pocas, tal vez por haber llegado la noticia cuando las máquinas estaban a punto de ponerse en marcha, sí se destacaba en todas ellas que la víctima seguía viva y que había muchas esperanzas de que se recobrara en pocos días.

Una trampa de Mac William, provocando a los asesinos para que intentaran terminar su trabajo.

También continuaban hablando de la muerte de Lou *Butcher* Watts, cuyo cadáver no había aparecido todavía. Tampoco habían podido encontrar aún el fabuloso botín producto del último robo del asesino, aunque confiaban en hallarlo, ya que conocían casi todos los pasos que había dado después del golpe.

Los reporteros habían encontrado un buen filón con este caso, y continuaban buceando en el espeluznante pasado del pistolero. Todos los detalles de su infancia eran aventados descaradamente, junto con las intimidaciones de su familia, un matrimonio desquiciado por el alcohol y el vicio.

Tiré los diarios a un lado y encendí un cigarrillo. Bob dejó la paleta sobre un taburete y, frotándose las manos contra la sucia camisa llena de colorines, vino hacia mí y prendió otro para él.

—¿Cómo está la chica?

Se lo dije y pareció alegrarse de que hubiera esperanzas. Se paseó de un lado a otro, dirigiendo algunas miradas a su cuadro. Como siempre que se decidía a trabajar, quedaba prendido de su obra hasta que la terminaba.

Pero esta vez las cosas iban a ser distintas.

—Escucha, Bob...

Se detuvo y parpadeó.

—¿Qué te pasa?

—¿Dónde puedo comprar un revólver?

—¿Qué dices?

El asombro más completo se reflejó en su cara.

—Tú conoces toda clase de lugares, altos y bajos. Tienes que saber dónde puede hallarse un revólver en buen estado.

—¡Que me ahorquen si te entiendo! ¿Pretendes salir a la calle soltando tiros?

—Poco más o menos, eso es lo que pienso hacer si tropiezo con los pistoleros.

—Apenas si puedo creer que seas tú quien está hablando de esta

manera... Creo que empiezas a salir del cascarón demasiado aprisa...

—Mira, Bob, no me apures. Éste no es un asunto para tomarlo a broma.

—Bueno, chico, está bien..., ¿no te basta con el mío? Ya viste que funciona de maravilla.

—¿Cómo voy a llevar encima un cañón semejante? Abulta de tal manera que hasta un niño se daría cuenta que lo llevo. No; tiene que ser un arma más discreta.

Me miró dubitativamente, como preguntándose si realmente me había vuelto loco. Acabó por echarse a reír y asintió con una cabezada.

—Okey, chico, veré si encuentro uno, pero no podrá ser hasta última hora de la tarde. Pero, dime: ¿has disparado un revólver alguna vez?

—No, nunca.

—Ya lo imaginaba. Ahora déjame en paz, antes que estropees mi inspiración.

—No me digas que para embadurnar una tela a golpes de espátula se necesita inspiración. Ni es preciso que le echas teatro a la cosa delante de mí.

—¡Tú qué sabes, chico, tú qué sabes...!

Quedamos así. El siguió pintando y yo me eché encima de la cama. Quedé dormido poco después, y esta vez no hubo ninguna pesadilla para turbar mi sueño.

CAPÍTULO V

Era noche cerrada cuando Bob entró en el estudio pisando fuerte.

—Lo he conseguido, chico —anunció por todo saludo.

Sacó un envoltorio del bolsillo. Era un revólver más pequeño que el utilizado por los pistoleros que me habían capturado, pero al igual que aquéllos era de cañón corto, apenas si sobrepasaba la pulgada de longitud.

—Un «Colt» Cobra del «38» —explicó con entusiasmo.

—Los de los criminales eran más grandes.

—Serían del «45», pero con éste tienes suficiente para mandar al infierno al más recalcitrante pistolero. Ten cuidado, porque está cargado. Te traigo una caja de cartuchos también...

Me mostró dónde estaba el seguro, cómo se soltaba y cómo se cargaba, expulsando automáticamente las cápsulas vacías.

Mi mano temblaba un poco cuando me hice cargo del arma. Pero la sostuve un rato para familiarizarme con su tacto y peso. Después lo guardé en el bolsillo trasero del pantalón.

Bob me recomendó todavía:

—Si la policía te lo descubre, yo no sé una palabra de ese revólver. Tú verás la historia que les cuentas.

—Ya me apañaré, pero quien deseo realmente que me lo descubra es cualquiera de los pistoleros que dispararon contra Myra...

Las pupilas de mi amigo se achicaron al clavarse en mí. Esbozó una sonrisa antes de decirme:

—Estoy viendo en ti unos cambios que me asombran. Sandy...

Descolgué mi chaqueta de la percha y me encaminé a la puerta, pero él me atajó:

—¡Eh, un momento! —exclamó—. ¿A dónde vas?

—Al hospital. Quiero ver cómo sigue Myra.

—Eso puedes averiguarlo con sólo llamar por teléfono. ¿Qué idea llevas entre ceja y ceja?

Dudé entre decírselo o no, pero acabé por confesar:

—Tengo la esperanza de tropezar con esos pistoleros, Bob.

Quedó estupefacto.

—¿Que tienes la esperanza de...? ¡Mil diablos! ¿Te has vuelto loco?

—¿No lo comprendes? Ellos habrán leído los periódicos. Sabrán que la muchacha está viva y lo más seguro es que vigilen el hospital esperando una ocasión para rematarla. Si yo ando por allí me reconocerán... tendré la oportunidad de acabar como ellos.

—¡Tienes menos seso que un mosquito! Ellos acabarán contigo. ¿No te das cuenta? Eres un novato con un arma en la mano...

Le miré recto a los ojos, serenamente. Durante unos segundos, él sostuvo mi mirada, pero acabó por desviarla y soltar un par de gruñidos antes de sentenciar:

—No se saca nada discutiendo con un sentimental. Estás pensando en esa muchacha, ¿no es cierto?

—Sí.

Se encogió de hombros.

—Alguna vez tenías que salir del caparazón, chico. Ten cuidado.

Eso fue todo. Abandoné el estudio alegrándome de tener un amigo como Bob Wendon.

Esta vez tomé un taxi para ir al hospital. Tan pronto lo dejé y quedé solo en la amplia acera delantera me sorprendió no ver a ningún guardia por ninguna parte. Tampoco pude descubrirlos al atravesar el jardín hasta la entrada principal. ¿Habrían suspendido la vigilancia?

La enfermera del registro se sorprendió cuando me vio, pero al darle el nombre y comprobar sus notas sonrió y me indicó que podía subir.

Nuevas dificultades surgieron con los dos guardias apostados delante de la habitación. Tuve que mostrarles mi documentación, responder a sus preguntas y esperar que uno de ellos hablase por teléfono, pero finalmente me franquearon la puerta y me encontré en la pequeña habitación, sólo alumbrada por una débil lamparilla

adosada a la pared.

La enfermera levantó la cabeza y miró al guardia que había entrado conmigo. Éste hizo un gesto de asentimiento y la mujer vestida de blanco dejó de prestarme interés.

Myra estaba exactamente igual que la vez anterior que la viera. No parecía haber movido ni un cabello, aunque tal vez debido a la luz creí percibir un poco de color en sus mejillas.

—¿Cómo sigue? —susurré, inclinándome hacia la enfermera.

—Muy grave todavía, pero resiste bien hasta el momento.

—¿Cree que se salvará?

—Ni los médicos se atreven a predecirlo.

Eso no era ningún consuelo para mí, pero no tenía más a donde agarrarme, de manera que permanecí algunos minutos allí, quieto, mirando la blanca cara, llenándome de ella para llevarla impresa en mi mente cuando saliera del hospital.

Finalmente, giré sobre mis talones y abandonó la habitación seguido por el guardia. El se quedó al lado de su compañero, y yo me alejé por el pasillo hacia el ascensor con una tempestad agitándose dentro de mi pecho.

Tampoco al salir del edificio pude ver a ningún policía. Seguramente solo habían dejado a los dos del pasillo.

Me detuve junto a la entrada, bajo la catarata de luz del enorme globo que ostentaba las siglas del hospital. Encendí un cigarrillo y permanecí allí casi un minuto, fumando y viendo los escasos viandantes que cruzaban los alrededores. Si había algún pistolero apostado en las cercanías tenía tiempo sobrado de haberme reconocido.

Eché a andar sintiendo un ligero temblor en las piernas. Tuve que reconocer que el miedo no me abandonaba, pero en compensación, mi firmeza en cuanto a mi propósito crecía por momentos desde que había vuelto a ver a la muchacha.

No volví ni una sola vez la cabeza. Si me seguían, quería darles la certeza de que ni lo sospechaba siquiera. Eso los confiaría.

Por el rabillo del ojo, no dejaba de estar atento a los coches que pasaban por mi lado. En un momento determinado, cambié el revólver de bolsillo, colocándolo en el de la americana y llevando la mano dentro de él, empuñándolo.

Notaba una sensación extraña al acariciar el arma. Era algo

semejante a un principio de embriaguez, una sensación de ligereza, de poder, como si hubiera adquirido repentinamente más estatura y fortaleza. Nunca había podido imaginar que eso era lo que se experimentaba cuando se empuñaba un revólver con deseos de matar.

Así anduve dos o tres manzanas hasta doblar por la Calle 21 hacia Gramercy Park. Entonces, un coche me adelantó, aflojó la marcha como si buscara un lugar para aparcar y finalmente se detuvo al lado de los que ya estaban estacionados a lo largo de la acera.

Mi corazón dio un vuelco, pero me obligué a continuar andando al mismo paso, sin volver la cabeza ni mirar directamente al inmóvil vehículo.

Lo rebasé y nada sucedió. Empezaba a creer que mis temores eran infundados cuando escuché los pasos de un hombre detrás de mí. Apreté la culata del revólver. Los pasos ganaban terreno, aunque no eran apresurados. Lo dejé acercarse sin dar muestras de nerviosismo, aunque yo sé el esfuerzo que eso me costó.

Hasta que los escuché tan cerca que casi pisaban justo detrás de mis talones. Empecé a volver la cabeza, aunque sin demostrar alarma todavía. En el mismo instante, una voz conocida ordenó:

—Siga andando, Clement, y deténgase junto a la pared al lado del anuncio de la farmacia...

Obedecí. El temblor de mis piernas se extendió al resto de mi cuerpo. Cuando me detuve, junio a la cerrada farmacia, el hombre quedóse pegado a mí apretándome el costado con su arma. Era el llamado Tony.

—Volvemos a vernos, pajarito... El asunto sólo se retrasó un poco.

—¿Qué... que van a hacer?

—¿Es preciso que te lo cuente? Tienes mala memoria, amigo.

El coche se deslizó a lo largo del cordón de otros vehículos y fue a detenerse a la misma altura que estábamos nosotros.

—Ahora anda hasta el auto sin alborotar. Te aseguro que yo tengo mejor puntería que Bruin, compañero.

Tardé un poco en moverme, como si me faltaran las fuerzas. Realmente, dudaba de que mis piernas me llevasen hasta el coche.

Tony hizo lo que yo había supuesto. Empujarme con su revólver,

y avanzar un par de pasos al mismo tiempo, con lo que me cubrió con su propio cuerpo a la vista de los que estaban en el auto.

Entonces disparé a través del bolsillo. Él no había sospechado siquiera que yo pudiera ir armado. Seguía creyendo que tenía que habérselas con el incauto empleado de Banco de la primera vez, y encajó la bala con una estúpida expresión de asombro en sus brutales facciones.

Apreté una vez más el gatillo cuando todavía vibraba en el aire el primer estampido. Los del coche debieron creer que era él quien estaba metiéndome plomo en el cuerpo, porque no hicieron nada por intervenir hasta que su compinche se derrumbó hacia atrás, empujado por el segundo proyectil.

Entonces me dejé caer de rodillas, sacando el revólver del bolsillo. Abrieron fuego al mismo tiempo, pero al dejarme caer hizo que sus balas pasaran altas, rebotando en la pared con tremendos aullidos.

Antes que pudieran rectificar el tiro me impulsé hacia adelante, de cara al suelo, y el propio cuerpo del pistolero muerto me cubrió precariamente. Entonces volví a disparar, aunque sin ninguna esperanza de cazarlos. No era lo mismo pegar tiros desde una postura violenta, tendido en el suelo, que dispararlos contra un hombre a dos pasos de distancia.

No obstante, un cristal saltó hecho pedazos y como respuesta un chorro de proyectiles me buscó, sembrando la acera a poca distancia de mis pies.

Casi sin apuntar para no tener que levantar la cabeza, continué tirando del disparador. Cada disparo hacía saltar el revólver entre mis dedos y su estruendo repercutía dolorosamente en mis oídos. Decididamente, yo no había nacido para pistolero.

Pero conseguí alejar el peligro momentáneamente, porque el coche aceleró y saltó hacia adelante como un potro.

Permanecí todavía unos instantes tendida sobre la acera, jadeando como un fuelle, sintiendo un sudor frío recorrerme la espalda. Junto a mi cara tenía una pierna del pistolero muerto, y muy cerca su mano inerte empuñando todavía el enorme revólver.

Me levanté de un salto cuando escuché el alboroto de la calle y el silbato de los guardias. Noté una dolorosa sensación en el pecho tan pronto inicié la carrera alejándome de aquellos contornos y creí

que me habían herido, pero al serenarme comprendí que era la herida que ya llevaba la que me dolía. Con las contorsiones y el batacazo contra el suelo debía haberse abierto de nuevo.

No obstante, continué corriendo desesperadamente hasta considerarme fuera del alcance de cualquier perseguidor.

Cuando llegué al estudio de Bob, tras una carrera en taxi, apenas podía sostenerse en pie a causa del dolor en el pecho.

Mi compañero soltó la paleta de golpe al verme y corrió hacia mí, alarmado.

—¿Qué te ha sucedido? ¡Apuesto que han vuelto a herirte...!

—No...

Me derrumbé sobre la cama y él me desabrochó la camisa. La venda que todavía llevaba en el pecho estaba tiñéndose de sangre.

—Se ha abierto la cicatriz, eso es todo —dije con voz débil, añadiendo después—: Aunque han estado a punto de matarme en plena calle.

—Cuéntame mientras intento curarte.

Manipuló con el vendaje hasta quitármelo. Mientras él me aplicaba los medicamentos de que disponía en su botiquín, le conté mi aventura, de manera que cuando le hube detallado todo lo sucedido Bob sabía tanto como yo.

—Casi no puedo creer que lo hayas matado... Tú, una especie de ciudadano modelo...

—Tenemos que llamar al teniente, Bob.

—¿Para qué?

—¡Diablo! Es preciso enterarle de lo que ha pasado, ¿no?

—Te verás envuelto en un lío tremendo. Tendrás que demostrar que has disparado en legítima defensa, te verás obligado a explicar por qué llevabas un revólver en el bolsillo y acabarán cargándote con ese fiambre. Créeme, cállate y déjalos que se devanen los sesos. Para eso cobran, muchacho.

—Pero descubrirán que se trata de Tony Staithes y el teniente me relacionará con él.

—Bueno, que lo haga. Puede haberlo matado cualquier pistolero de otra banda, o haber sido víctima de una venganza. Apuesto que Mac William no pensará ni por un instante que lo has matado tú. El sigue creyendo que eres el ser más inofensivo de la creación.

—Tal vez estés en lo cierto...

—Puedes estar seguro. Yo sé cómo piensa la policía. Mantén cerrada la boca y todo irá bien. A menos, claro está, que sigas buscándote complicaciones.

—Seguiré buscándolas, Bob.

Suspiró con resignación.

—Ya lo suponía. Te ha dado fuerte, ¿eh?

Terminó de colocarme el vendaje y se apartó, buscando distraídamente un cigarrillo, que encendió sin apartar la mirada de mí.

—¿Cuántos iban en el coche?

—Creo que dos hombres, uno ante el volante y otro en el asiento trasero.

—Bueno, ahora ya saben que vas armado y que estás dispuesto a presentarles batalla. Creo que cambiarán de sistema la próxima vez.

—Yo también opino igual, aunque falta saber qué sistema pondrán en práctica.

—Eso es más difícil de adivinar, aunque lo más seguro es que disparen primero antes que puedas advertir su presencia.

—Eso no me parece probable. A juzgar por lo que dijeron la noche que iban a darme el *paseo*, no pueden abandonar mi cadáver en la calle.

—Tonterías. Si quieren verte muerto les importa un pepino donde caigas.

Encendí también un cigarrillo y los dos permanecimos un buen rato mudos, cada uno ocupado con sus propios pensamientos.

Hasta que, poco más tarde, alguien llamó a la puerta y Bob pegó un respingo. Habló precipitadamente en voz baja.

—Seguro que es la policía —dijo—. Esconde el revólver junto al mío, rápido.

Lo hice, y él abrió dejando paso al teniente Mac William.

—Caramba, teniente —exclamó Bob—. ¿Sabe qué hora es?

—Mi horario es un tanto irregular. Quiero hacerle unas preguntas a su amigo...

Avanzó por el estudio hasta plantarse junto a la cama sobre la que me encontraba tendido, después de desprenderme del revólver.

—¿Tiene alguna noticia para mí, teniente? —pregunté con interés.

—Creo que sí. ¿Dónde ha estado esta noche?

—En el hospital. He visto a Myra.

—Sí, eso me han dicho... ¿Y al salir de allí?

—He tomado un taxi y he vuelto aquí. ¿Qué pasa, teniente?

—Ha habido un poco de jaleo cerca de Gramercy Park. Tendrá usted que acompañarme para una identificación.

Me senté en el borde de la cama.

—¿Ha detenido a alguno de los pistoleros? —indagué, obligando a mi voz que saliera chillona.

—No..., pero hemos encontrado a Staithes. Alguien le había metido dos plomos en el cuerpo.

—¿Muerto?

—Eso es.

Bob dijo:

—¿Saben ya quién lo ha dejado seco?

Sin mirarlo. Mac William gruñó:

—No, pero sea quien sea ha querido asegurarse de que no volvería a respirar. Los dos balazos eran mortales, disparados desde muy cerca.

Tomé la americana y mientras me la ponía dije:

—Podemos marcharnos cuando quiera, teniente. No creo que me impresione mucho al ver ese cadáver.

—Tengo el coche abajo —explicó—: volveré a traerle cuando terminemos. Dígame, Clement..., ¿nadie ha intentado seguirlo?

—Que yo sepa no. Por lo menos, no he podido darme cuenta de nada sospechoso.

Gruñó su disgusto, pero no insistió sobre el tema. Bob esbozó una mueca irónica cuando abandonamos el estudio y cerró suavemente la puerta.

A pesar de mis esfuerzos, al entrar en el depósito me estremecí. Era un lugar deprimente, con un terrible olor a desinfectante, frío y tétrico. Pero resultó peor todavía cuando me encontré en la enorme estancia donde se alineaban las mesas de mármol, muchas de ellas ocupadas por formas inertes cubiertas por sábanas asombrosamente limpias.

Algunos hombres con bata blanca se movían por entre las mesas, acompañados por otros vestidos de paisano. Supuse que eran policías también.

Mac William habló con ellos brevemente, me señaló con un

gesto y ellos le indicaron uno de los bultos inmóviles.

—Acérquese, Clement —ordenó.

Cuando estuve al lado de la mesa, él retiró la sábana lo suficiente para descubrir el contraído rostro del pistolero muerto.

—¿Y bien, Clement? —preguntó.

—Es él, teniente; Tony Staithes.

—¿Sin ninguna duda?

—En absoluto.

Volvió a cubrir la cara del cadáver y se frotó las manos en un gesto inconsciente.

—Bueno —refunfuñó—. No puedo decir que lo sienta, pero eso no nos ayuda a resolver el problema. Ese tipo, muerto, no nos sirve de nada.

—Pero es uno menos, teniente. Jamás creí que pudiera alegrarme la muerte de un semejante.

Me miró con cierta curiosidad. Acabó sonriendo como de costumbre, cansadamente.

—Sí —dijo—; es uno menos. Imagino que eso representa un alivio para usted. Vamos, salgamos de aquí.

Hasta encontrarnos en la acera no volvió a despegar los labios. Entonces comentó:

—Nuestra única esperanza es que Myra

O'Connor

recobre el conocimiento y pueda aclararnos la razón de todo este embrollo. Le confieso que, excepto eso, no le veo otro camino para aclararlo...

—Ya no puede tardar mucho en volver en sí, ¿no cree?

—Cualquiera sabe... Incluso si eso sucediera hoy, dudo que estuviera en condiciones de hablar. Pueden pasar un par de días hasta que los médicos nos permitan interrogarla.

—Bueno, son sólo dos días...

Se detuvo junto al coche, con la portezuela abierta.

—Pueden pasar tantas cosas en dos días, amigo mío...

Entró en el coche y yo le seguí. Tenía toda la razón; podían suceder infinidad de cosas en dos lardos días...

Sobre todo, cuando la muerte andaba por en medio.

CAPÍTULO VI

La voz del teléfono era brusca y aguda, pero hablaba de manera monótona.

—No tengo ningún argumento que ofrecerle para que me crea —dijo—. Sólo una proposición muy ventajosa para usted.

Miré a Bob, desconcertado. Después dije:

—Si pretende que le haga caso es que está loco. Han intentado matarme dos veces y ahora me sale con ofertas. ¿Por qué clase de imbécil me ha tomado?

—Mire, hay mucho dinero a ganar, Clement. Tan pronto he sabido que le habían despedido del Banco he variado de planes.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Podemos colaborar...

—O su cabeza no funciona bien, o posee una cantidad de cinismo que asombra. ¿Cómo pretende que colabore con quien ha intentado matarme?

Bob estaba haciéndome señas de que le cediera el teléfono, pero no le hice caso. Mi comunicante habló otra vez calmadamente:

—Imagino que no tendrá usted mucho dinero, ¿verdad, Clement? Y los del Banco le han dejado en medio de la calle. Le ofrezco la oportunidad de ajustarles las cuentas y llenarse los bolsillos al mismo tiempo.

—¿Mediante un asalto al Banco?

—No exactamente un asalto. Mis métodos son distintos... por eso le necesito a usted.

—Antes me necesitaban muerto.

—¡Ya le he dicho que he variado de planes! —El hombre comenzaba a perder la calma. Su voz había subido de tono cuando prosiguió rápidamente—: Hay cien mil para usted, Clement. Cien

mil dólares sin que tenga que correr ningún riesgo.

—Lo pone usted demasiado fácil para que no huela a trampa a una milla de distancia.

—No le censuro que desconfíe, naturalmente. Pero actualmente el motivo por el cual usted me interesaba muerto se ha esfumado. En cambio, he elaborado otros proyectos más ventajosos. Piénselo: cien mil dólares por su colaboración. En toda su vida podrá reunir una cantidad parecida.

—Eso es muy cierto...

Creí percibir cierto alivio al otro lado. Bob había pegado su oreja junto al auricular y su respiración cosquilleaba mi cara.

El desconocido comunicante añadió:

—Tan sólo deberá facilitarme unos datos, describirme exactamente los sótanos del Banco y detallarme los sistemas de alarma. Usted debe conocerlos, ¿no es cierto?

—Sí.

—Eso es todo lo que pretendo de usted.

—Y antes, ¿qué pretendía?

—¡Oh, eso! Ya no interesa. No quiero ni hablar de ello.

—Una postura muy cómoda por su parte, pero hasta ahora no me ha dicho nada que me convenza por completo.

—¿Qué más puedo decirle?

—No lo sé. ¿Cómo espera usted que le de esos datos de que ha hablado?

Tardó en responder. Aparté un poco el auricular de mi oreja para que la voz llegara con más facilidad hasta el oído de Bob.

—Tendría que reunirse usted conmigo —dijo al fin—. Le doy mi palabra de que no correría ningún peligro. Naturalmente —añadió, hablando más despacio— debería quedarse usted en mi escondrijo hasta después de realizado el trabajo.

—Ya veo...

—¡No empiece a pensar en encerronas, Ciernen! Sería sólo una medida de precaución por mi parte.

Si de repente se asustara usted y se volviese atrás me vería en apuros. He de prevenir ese riesgo, ¿comprende?

—Resumiendo: usted me ofrece cien mil dólares para que yo le facilite la tarea de desvalijar el Banco. ¿Es así?

—Exacto. Con ello solo perjudica a los mismos que le han

echado a la calle sin contemplaciones.

—Eso me gustaría, claro...

Bob me sacudió como si quisiera despertarme. No le hice caso tampoco esta vez.

La voz de mi desconocido comunicante remachó:

—Y todo ello sin riesgo, Clement. Terminado el trabajo, yo me marcharé del país y usted podrá disfrutar de su fortuna libremente.

—Me gustaría estar seguro de eso.

No dijo nada. Bob se apartó un poco y secóse el sudor que perlaba su frente.

—Me parece que me conviene hablar con usted —dije al fin, rompiendo el silencio.

Bob respingó, a mi lado.

La voz dijo con acento de alivio:

—Nunca habrá tomado usted una decisión tan acertada.

—Pero no espere que me deje cazar como un pajarito. He aprendido bastante, amigo.

—Lo imagino.

—¿Dónde podemos vernos?

—Volveré a llamarle esta noche y se lo diré. He de advertirle que no intente avisar a la policía... está usted vigilado continuamente, aunque no pueda verlo.

—Si hay la posibilidad de ganar cien mil dólares, no tengo ningún interés en meter a la policía en este asunto.

—Eso está muy bien, Clement. Le llamaré alrededor de las nueve.

No esperó mi asentimiento y colgó. Yo hice lo mismo rápidamente, antes que Bob estallara en imprecaciones.

Pero lo único que gruñó fue:

—Te resultaría más fácil pegarle un tiro tú mismo. Sería una forma de suicidio menos complicada.

—No pienso suicidarme —afirmé—. Ni tampoco creo lo que me ha dicho ese fulano. Si es un tipo medianamente inteligente, debe saber que un ayudante de Caja no conoce ni los mecanismos generales de alarma, ni la combinación de las cajas acorazadas, ni posee dato alguno para violentarlas.

—Si es así, ¿por qué le has seguido el juego?

—Porque es la única manera de enfrentarme de una vez con el

que dirige esta maquinación.

—¡Tú y tus grandes ideas! ¿Qué crees que sucederá cuando estés ante él?

—Prefiero no pensarlo, pero también estaba ante Tony Staithes, y él tenía el revólver en la mano y salí del atolladero. Empiezo a tener confianza en mis fuerzas, Bob, cosa que no me había sucedido nunca.

—Hubiera sido mejor que no te sucediera ahora tampoco —refunfuñó. Luego añadió—: Espero que llamarás al teniente por lo menos.

—Tal vez sí, pero a última hora, cuando sepa seguro el lugar en que me esperarán.

—No van a ser tan idiotas de ponerse en tus manos de esa manera. Algo tendrán preparado.

No respondí. En realidad, no deseaba discutir más con mi amigo por temor a que mi precaria decisión se desmoronase, así es que me aparté de él y desplegué los periódicos que Bob había traído por la mañana.

Daban una información completa sobre el atentado contra Myra, aunque sin comentarios de ninguna clase. También había un corto reportaje sobre la muerte del pistolero que yo había baleado.

Y, naturalmente, aunque ya en tercera página, seguían exprimiendo todavía el asunto de Lou *Butcher* Watts. Al parecer, habían abandonado los intentos de hallar el cadáver en las profundidades cenagosas del río. Seguramente la corriente lo había arrastrado hacia alta mar y cualquier día aparecería tirado en alguna playa del litoral.

Lo que no habían abandonado era la búsqueda del botín. En eso habían dado un gran paso adelante al descubrir la maleta en que el asesino se había llevado el dinero. La habían hallado en la habitación de una casucha de Harlem, donde Watts se había refugiado en los primeros momentos de la persecución.

Pasé un rato reflexionando sobre la estupidez de esos pistoleros. Arriesgan la vida para conseguir un botín que en la mayoría de los casos no pueden disfrutar. Me hubiese gustado saber qué clase de cerebro poseían esos tipos, pero acabé diciéndome que eso era trabajo para los siquiatras, de manera que lo dejé.

Bob estaba luchando otra vez con su pintura, que al parecer se

resistía a su inspiración. Refunfuñaba sordamente de vez en cuando, pero cuando se ponía demasiado nervioso dejaba la paleta, llenaba un vaso con *whisky* y se entretenía bebiéndolo a pequeños sorbos. No podía comprender cómo no reventaba después de cada ración de alcohol.

Así transcurrió el resto de la tarde. Bob preparó una ligera cena, y estábamos terminando de comer cuando el teléfono sonó produciéndonos un sobresalto.

Era el misterioso comunicante. Esta vez no perdió tiempo.

—¿Conoce usted la calle Dutch?

—No, pero puedo encontrarla. Siga.

—Bien, el número once es una casa de dos plantas. Vaya allí inmediatamente. Verá que hay luz en los bajos, y la puerta estará solo entornada. Entre y espéreme. Cuando me convenza de que no lleva usted cola entraré yo.

—Espero que si piensa en una traición cambie de idea. Le saldría mal.

—Esto es un juego limpio, Clement.

Colgó de golpe.

Anoté las señas en un papel y se lo entregué a Bob.

—Aquí debo encontrarme con él. Pero dice que no aparecerá hasta asegurarse de que nadie me sigue.

—Era de esperar. Apuesto a que sus hombres andarán patrullando por los alrededores. ¿Sigues dispuesto a correr ese riesgo?

—Sí, Bob. Ya no puedo volverme atrás... ni lo deseo tampoco.

—Muy bien; tal vez sea ésa la manera de terminar con la amenaza que pende sobre ti, aunque sigo opinando que has perdido el juicio. Si esperas a que la chica recobre el conocimiento todo se aclarará sin necesidad de jugarte la vida.

—¿Y si ella no conoce al que maneja los hilos del asunto? Ese hombre no es ningún tonto. Posiblemente, los que se pusieron en contacto con ella fueron Bruin y Tony, y en ese caso no adelantamos nada.

—Okey, a fin de cuentas es tu piel la que arriesgas. Pero deberías advertir a Mac William. Quizá él pudiera armar una trampa y...

—Y nuestro hombre no asomaría la nariz —le interrumpí.

Se encogió de hombros.

—Como quieras —dijo—. Te cedo el mando muy a gusto en esta ocasión. Te deseo suerte, Sandy. Por mi parte...

—Ya lo sé, Bob.

Nos miramos un largo instante. Finalmente, él abrió el cajón donde estaban las armas y me entregó mi revólver.

Cuando me marché del estudio, él se quedó allí acariciando su vieja y enorme reliquia de otros tiempos.

Deseé fervientemente poder volver al estudio. Decidí que si era así, lo celebraría bebiéndome uno de aquellos gigantescos vasos de *whisky* que mi amigo preparaba, aunque después cayera redondo en la cama.

Porque, lo crean ustedes o no, jamás había probado el *whisky*.

Así había sido yo antes de empezar todo aquel tremendo embrollo.

CAPÍTULO VII

Era una calle corta y oscura a espaldas de Park Row. El número once tenía una fachada acribillada de desconchados, aunque a causa de la oscuridad reinante apenas si pude distinguir ningún otro detalle.

Tal como había anunciado el desconocido comunicante, dos ventanas de la planta baja tenían la luz encendida. Al empujarla, la puerta cedió y me encontré en un negro zaguán. Tanteando las paredes, conseguí llegar a las habitaciones alumbradas sin romperme la crisma.

Inspeccioné la casa mientras aguardaba. No había nadie ni en el piso superior ni en el inferior. Los muebles eran escasos y viejos. En la cocina no vi el menor rastro de los utensilios usuales, lo cual demostraba que nadie habitaba allí de manera permanente.

Acabé instalándome en la desnuda habitación que daba a la calle, y dejé pasar el tiempo fumando cigarrillos y dando cortos paseos de un lado a otro.

A medida que transcurrían los minutos, mi decisión comenzaba a flaquear. Una vez tras otra me repetía que todavía estaba a tiempo de marcharme, salir a la calle y echar a correr alejándome de aquellos peligrosos alrededores. Si aguardaba la llegada del hombre que me había citado por teléfono seguramente no podría volver a ver la luz del sol.

No obstante, luché contra el pánico y finalmente logré sobreponerme a él. Si abandonaba entonces, la oculta amenaza seguiría pendiendo sobre mi cabeza como una pesadilla que sólo podría terminar con la muerte.

Con esas reflexiones conseguía quedarme allí hasta que unos pasos irrumpieron en el zaguán. Instintivamente, mi mano buscó el

contacto confortable del revólver, pero la retiré antes que el hombre hiciera su aparición.

Sin embargo, no era el que yo esperaba ver. Quien apareció bajo el marco de la puerta fue Bruin, con las manos hundidas en los bolsillos y haciendo gala de una calma total.

—No imaginaba que nos veríamos en estas circunstancias —confesó, deteniéndose cerca de mí.

No había nada amenazador en su actitud.

—Ya sé que esperaba verme frente a la mira de su revólver, Bruin —repliqué—. ¿Dónde está el que le manda?

—El adopta ciertas precauciones, chico... ¿Fue usted el que disparó contra un coche y acabó con Tony?

—Sólo responderé a las preguntas de su jefe —le advertí secamente—, así es que llámelo. Dígale que no estoy rodeado de policías ni hay nadie más conmigo. Eso quizá lo tranquilice y se decida a salir de su cubil.

—Habla usted como un predicador, Clement. Pero el hombre que usted dice no está aquí. No iba a ser tan ingenuo de exponerse a caer en una trampa de la policía.

—El miedo es libre. No he avisado a la policía. Si ha estado usted vigilando los alrededores se habrá dado cuenta.

—Sí, eso es cierto. Y he de confesarle que no lo esperaba. Supongo que lleva usted un arma...

—Puede seguir suponiendo lo que quiera. ¿Por qué toda esta pérdida de tiempo, Bruin?

Consultó su reloj de pulsera, sonrió, y sacó un cigarrillo.

—Hay que esperar todavía —dijo—. No se impacienta...

Encendió el cigarrillo y se recostó contra la pared, al lado de la puerta. Paulatinamente, mis nervios iban tensándose como cables atirantados al máximo.

—¿Qué tenemos que esperar?

—La hora de la cita, compañero. No se ponga nervioso, ¿quiere? Todo irá bien...

—No me pongo nervioso, pero llevo aquí demasiado tiempo.

—Pronto nos iremos. La entrevista tendrá lugar en otra parte.

No me gustó en absoluto la cosa.

—¿Quiere decir que su jefe me esperará en otro lugar?

—Exactamente.

—¡Pero hemos quedado en vernos aquí! —protesté.

Se encogió de hombros, perfectamente tranquilo.

—Ha cambiado de planes, por si alguien venía siguiéndole. Es todo lo que voy a decirle.

Bufó sin volver a hablar. Tras pisotear la punta del cigarrillo, miró una vez más su reloj y se enderezó.

—Vámonos, Clement —dijo, señalándome la puerta.

—Quiero saber a dónde tenemos que ir.

—Es ahí cerca. Ni siquiera necesitamos el coche. Ya le he dicho que se trata de una precaución elemental.

—Está bien, pero espero que sea la última tontería que cometen.

Seguí a Bruin, un poco sorprendido de lo pacífico que se mostraba. Ni tan sólo la idea de que yo podía llevar un revólver parecía inquietarle y me daba la espalda despreocupadamente mientras me guiaba por la calleja hasta el fondo, allí donde un ángulo agudo la cortaba.

—Es usted un tipo afortunado —comentó, mientras andábamos.

—Ya lo sé. Dígame, Bruin —le interpele—. ¿Ya no desea matarme?

—Sí —dijo con voz helada.

Me estremecí, pero no repliqué.

La casa que me indicó resultó ser la última de la calleja, ya junto al ángulo en el que nacía otra calle de no mejor aspecto que la Dutch.

—Entre —ordenó el pistolero—. El llegará enseguida.

—¿Es que tampoco está aquí?

—Adentro, compañero.

Me empujó y me encontré otra vez envuelto en la oscuridad. Entonces percibí el duro contacto de un revólver en mi espalda y Bruin ordenó:

—No se mueva. Voy a quitarle el revólver, si lo lleva, de manera que tómelo con calma. No quiero hacerle ningún daño.

Me lo arrebató sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Instantes después encendió la luz y vi que aquella casa no era mejor que la que habíamos abandonado.

—Siéntese, Clement. No tendrá que esperar mucho ahora.

Acerqué la silla a la pared y me dejé caer sobre ella, inclinándola hacia atrás y recostándola contra el muro.

Desde allí dije:

—Su jefe adopta demasiadas precauciones, Bruin.

—Es un tipo importante —comentó.

—Supongo que ahora me dirán por qué querían matarme... Confieso que siento una gran curiosidad por saberlo.

—Lo creo. Todo el mundo quiere saber por qué muere, claro...

Hubo otro largo silencio. El misterioso comunicante no llegaba.

—Empiezo a pensar que su jefe ha tenido miedo y no va a presentarse...

—No diga tonterías.

—Hablemos de otra cosa entonces. ¿Fue usted quien baleó a Myra?

Eso pareció sacudirle un poco el aburrimiento.

—No personalmente —gruñó—. Yo conducía el coche. A propósito, ¿con qué demonios disparó usted?

—No disparé yo. Pero está usted mintiendo. El que conducía resultó alcanzado por una bala. El coche estuvo a punto de estrellarse.

Esbozó una sonrisa de lobo antes de explicar.

—No fue así, amiguito... El balazo le voló la cabeza a uno que iba a mi lado y me cayó encima. Tuve que sacudírmelo o nos estrellábamos. Por cierto, que la bala o lo que fuera le reventó el cráneo como si hubiera sido la cáscara de un huevo. ¿Con qué demonios estaban tirando?

—Con un revólver de la época del Oeste.

—No puedo creerlo... ¡Un trasto semejante!

Lo dejé correr. Estaba demasiado ocupado pensando que él había sido uno de los atacantes de la muchacha. Merecía el mismo fin que su compañero.

Comencé a darme cuenta de que, mientras permanecíamos allí a la espera del desconocido, Bruin me dirigía frecuentes miradas cargadas de curiosidad.

Hasta que preguntó finalmente:

—¿No ha tenido usted hermanos, Clement?

—¿A qué viene eso?

—Responda, ¿los ha tenido sí o no?

—No. ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Es largo de contar —dijo—. No deja de ser una cosa curiosa a fin de cuentas.

—¿Por qué no habla usted con sentido común? —protesté—. No entiendo una palabra de lo que está diciendo.

—Ya lo entenderá a su debido tiempo.

Eché un vistazo a su reloj de pulsera. El ver la hora pareció infundirle cierta actividad, porque se acercó a la ventana y atisbo a través de los sucios cristales. Después volvió junto a la puerta y me miró dudoso.

—No intente moverse, Clement —me advirtió—. Sería muy malo para usted si lo hiciera.

Desapareció de mi vista. Pensé que era otra oportunidad de escapar que se me ofrecía, pero no me moví de la silla. Ya que había llegado hasta semejante extremo podía llegar también al final del embrollo.

Escuché sus pasos alejándose en dirección a la calle. La puerta chirrió y los pasos volvieron atrás. No tardó en aparecer de nuevo.

—Ya debería estar aquí —refunfuñó entre dientes.

Oímos un coche que pasaba por la calleja. Ambos aguzamos la atención, aunque por motivos distintos. No me pareció lógica la presencia de un auto en un callejón por el que apenas si podría maniobrar, pero debió hacerlo cuando lo oímos alejarse después de doblar la esquina.

Pasaron unos minutos más. El silencio se hizo opresivo y yo creía percibir fantásticos rumores procedentes de puntos indefinidos.

Hasta que escuché los pasos en la acera.

Me enderecé en la silla. Bruin empuñó su revólver y se apretó contra la pared, dispuesto a fusilar al que pretendiera entrar si no era el hombre que estábamos esperando.

Los pasos se detuvieron frente a la entrada de la casa. Después, se reanudaron, entrando resueltamente. Una voz contenida preguntó:

—Gerome, ¿estás ahí?

—Todo tranquilo, patrón. El pájaro está en la jaula, esperándole. El hombre apareció bajo el umbral y se detuvo.

—¿Llevaba armas? —quiso saber.

—Un revólver muy bonito —rió Bruin.

El recién llegado era de estatura mediana, ancho de hombros y de movimientos elásticos. Un sombrero inclinado hacia adelante sombreaba sus facciones manteniéndolas fuera del escrutinio de mi mirada.

—¿No ha habido dificultades? —siguió preguntando.

—Ninguna, patrón. Se ha portado muy bien. Está impaciente por verle a usted.

Noté que de entre las sombras del rostro, los ojos del desconocido se clavaban en mí. Dejó escapar un suspiro de alivio y luego dijo:

—¿Qué me dice de mi proposición, Clement?

—Puede interesarme, si tengo bastantes garantías de no verme envuelto en el robo.

—Usted quedará al margen, va se lo he dicho. ¿No es cierto, Bruin, que lo dejaremos al margen del asunto?

Advertí la ironía de su voz. Eso me convenció de que, fuese cual fuese el motivo que lo hacía interesarse por mí, no era el robo del Banco.

Bruin soltó una risita y asintió con un gesto antes de exclamar.

—¡Completamente al margen!

—¿No cree que ya es hora de que pueda verle la cara, *patrón*?

No le gustó mi tono de burla, pero avanzó unos pasos hasta colocarse cerca de la luz. Entonces quitóse el sombrero y gruñó:

—Sí; creo que ya es hora de que me vea usted, Clement...

En el primer instante vi solamente unas facciones regulares, bien parecidas, aunque con una expresión de crueldad en la boca que producía escalofríos.

Mientras estaba mirándole habló de nuevo:

—¿No quiere saber también mi nombre, Clement?

Empezó a invadirme una extraña desazón a medida que mis ojos recorrían aquella cara. Con voz contenida, dije:

—Sí, creo que debemos conocernos...

De repente lo comprendí todo. Sentía como si la tierra vacilara bajo mis pies, como si yo estuviese a punto de hundirme en un abismo en cuyo fondo estaba el infierno... y necesité de todas mis fuerzas para dominar mis ansias de gritar.

Porque la cara que estaba contemplando era la mía.

Ni más ni menos.

Tan semejante, que el mismo estupor me bahía impedido darme cuenta del extraordinario parecido hasta pasados unos segundos.

Naturalmente, la expresión era distinta. Yo jamás había podido expresar semejante crueldad...

¡Pero era casi mi propio rostro!

Al darse cuenta de mi estupefacción, el hombre inició una sonrisa burlona que atirantó sus delgados labios.

—Parece que se da cuenta, Clement —murmuró.

Me daba cuenta de muchas cosas. Comprendía el interés de Bruin por averiguar si tenía hermanos... ser hijo natural de mi padre... o tal vez de mi madre. Yo mismo hubiese podido creerlo de no haber conocido a mis padres.

Y entonces, por si algo faltaba para acabar de aturdirme, el desconocido hizo una seña a Bruin, diciendo con infinita burla:

—Creo que debes presentarnos, Gerome...

Éste rompió a reír y luego me señaló con el dedo.

—Ya conoce usted a Clement, patrón, un honesto ayudante de cajero actualmente cesante. En cuanto a usted... Clement —dijo, mirándome recto a los ojos—, éste es Lou Watts.

El nombre no me dijo nada y ellos parecieron sentirse defraudados por mi ignorancia.

—¿Qué, no salta de alegría al conocerme, Clement?

—Maldito si sé quién es usted, pero su parecido conmigo me ha dejado mudo.

—No sabe quién soy... Tal vez mi nombre completo le aclare las dudas. Los periódicos me llaman Lou *Butcher* Watts.

Pegué un respingo al comprender la verdad.

¡Butcher!

¡El Carnicero!

Un frío glacial empezó a deslizarse por mis venas. El asesino parecía gozar con la situación.

Bruin dijo, riendo:

—Se ha quedado mudo, patrón...

—Ya lo imaginaba... No encuentra la voz porque ahora debe comprender por qué él tiene que morir, Gerome.

Tenía toda la razón del mundo. Yo comprendía ya la razón por la cual tenía que morir.

CAPÍTULO VIII

El tiempo parecía haberse detenido. Bruin había dejado de reír. Lou Watts seguía clavado en el mismo lugar, sosteniendo un cigarrillo sin encender entre los labios, y yo permanecía inmóvil, mirándolo igual que hipnotizado.

Hasta que el criminal gruñó:

—Creo que ya me ha mirado bastante para Convencerse de que nos parecemos, Clement. He de confesarle que no creí lograr que acudiera a mi cita...

—Ya le dije que era un pajarito inofensivo, patrón —graznó Bruin.

—No tan inofensivo desde el momento que se cargó a Tony. Y supongo que también fue él quien disparó contra el coche, la noche que baleamos a aquella zorra. Lo que sí creo que es un ingenuo... ¿Lo tienes todo dispuesto, Gerome?

—Todo, patrón. La barcaza está amarrada al extremo del muelle. El vigilante es de los nuestros y a bordo hay todo lo que podamos necesitar, durante unos días.

—¿Provisiones?

—Para una semana como mínimo.

—¿Y lo demás?

—Todo, patrón, no se preocupe.

—Cada vez que no me he preocupado de lo que hacía cualquiera de vosotros hemos tenido disgustos. No tienes más que mirar a ese estúpido, las veces que ha escurrido el bulto cuando ya lo teníais entre las manos.

Bruin calló y desvió la mirada. Era indudable que temía a su jefe. Aunque, si uno se detenía a pensarlo, no era extraño que se sintiera terror ante un asesino empedernido como aquél.

Pensé que si no conseguía recobrar la serenidad estaba perdido. Tenía que demostrarles que ya no era el *pajarito* incauto que Bruin decía.

—Supongo que su idea es que matándome podrán hacer pasar mi cadáver por el suyo, Watts...

—Ése es el plan.

—Los periódicos le describen a usted como a una especie de loco. Veo que se quedan cortos. Está para que lo encierren en un sanatorio mental.

Lo vi palidecer. Sus ojos chispearon, cargados de furia, pero consiguió dominarse con esfuerzo y replicó:

—No vuelva a decir eso, estúpido. Los polizontes creerán que es mi cadáver el que pescarán en el río y me dejarán en paz. Tengo casi un millón de dólares para largarme al extranjero y disfrutar de todo ese dinero.

—Según opina la policía —dije con afectada calma—, usted murió hace dos semanas poco más o menos. Si me mata ahora y ellos me sacan del río, verán que he muerto recientemente. Tienen unos laboratorios muy efectivos, según he leído.

—Tonterías. Soy mucho más listo que todos ellos juntos. Usted saldrá del río dentro de un mes o dos. Con todo este tiempo muerto, nadie será capaz de establecer la fecha de su muerte, palurdo. Mientras, yo permaneceré escondido hasta que le entierren a usted con mi nombre.

—¿Y las huellas dactilares, ha pensado también en eso?

Se miraron entre ellos, satisfechos de ser tan inteligentes.

Fue Bruin quien habló:

—Hay unos pececillos condenadamente voraces, Clement... en menos de una hora se zampan a un tipo corpulento dejando los huesos pelados... y nosotros tenemos media docena en una pecera. Una vez muerto nos basta con sumergir sus manos en ella hasta que los bichos se hayan dado un banquete. Después de esto, lo amarraremos debajo de la barcaza y el agua del río hará el resto.

No encontré nada para replicar. Era aterrador ver con qué frialdad lo habían planeado todo hasta el menor detalle.

—¿Nos vamos, patrón? —propuso el pistolero.

—Sí, ya podemos irnos. Ese tiempo en la barcaza serán una especie de vacaciones.

Bruin blandió su revólver, señalándome la puerta.

—Será mejor que echas a andar, chico. Si te liquido aquí mismo me obligarás a trasladarte a cuestras.

Lou *Butcher* Watts se encasquetó el sombrero. Me invadió la más negra desesperación... me di cuenta que todo estaba fallando.

El asesino gruñó:

—Espera... será mejor que nos llevemos el fardo. Nos aberraremos un viaje.

—Yo iré a buscarlo.

Bruin salió de la estancia. Watts sacó la mano del bolsillo para que viera que empuñaba un pequeño revólver, y con la izquierda encendió un mechero y aplicó la llama al cigarrillo.

Por entre el humo, sus ojos helados siguieron observándome.

—Nos has causado muchas molestias —dijo.

—¿Esperaban que les diera facilidades para asesinarme?

Sonrió fríamente.

—Eso hubiera sido pedir demasiado, pero no eres como me había imaginado.

Bruin regresó llevando un gran envoltorio cuidadosamente atado con una delgada cuerda.

—Billetes, pajarito —graznó, entusiasmado—. Billetes de a dólar, de cinco y de diez... un fortunón. ¿Qué te parece?

No dije nada. Lou le arrebató el paquete y me obligaron a salir de la casucha.

—¿Dónde tiene el coche? —preguntó Bruin.

—Ahí cerca. Cuidado con ése, no vaya a echar a correr.

—¡Qué va! Sus piernas le tiemblan como un flan... Vamos, Clement, pasa delante.

Su revólver presionaba en mis costillas. No se veía un alma por ninguna parte. Me dije que no podría beberme el *whisky* de Bob... ni ver otra vez a Myra.

Pero Bob debía haber estado por los alrededores. Ése había sido el plan. No obstante, no se había presentado y yo estaba seguro de su lealtad, de manera que algo debía habérselo impedido. Pero fuese cual fuera el motivo me había condenado a muerte.

El auto estaba aparcado en una calle lateral, cercana a Maiden Lane. Había más luz allí, pero al igual que las otras semejaba un desierto. No pude distinguir a ningún ser viviente.

Bruin me empujó dentro del coche, y detrás de mí entró Watts, después de dejar el paquete sobre el asiento delantero. Bruin rodeó el auto y se instaló ante el volante. El pequeño revólver del asesino estaba incrustado en mi costado.

Ni siquiera me preocupé de averiguar el camino que seguíamos. Todas mis facultades estaban concentradas en buscar una salida a mi desesperada situación, aunque sin armas, y sin ayuda de nadie, no la veía por ninguna parte.

Así llegamos a los muelles. El coche se internó por entre los inmensos almacenes y enfiló uno de los amarraderos. Una linterna destelló frente a los faros.

—El vigilante —anunció Bruin—. Le he pagado bien...

El coche pasó rozando una oscura figura que esbozo un saludo con la mano que sostenía la linterna eléctrica.

Poco después, el pistolero detuvo la marcha al final del amarradero.

Mientras me obligaban a descender, Bruin explicó orgulloso de su previsión:

—El mismo vigilante se llevará el coche de aquí y lo abandonara en cualquier lugar apartado. De todas formas, lleva las placas falsas...

Lou ni le escuchaba. Estaba totalmente dedicado a vigilarme. No quería correr ningún riesgo esta vez, cuando ya me tenían seguro.

Descubrí la aplanada forma de la barcaza amarrada al final de los escalones de piedra. Se balanceaba suavemente y no había ni una luz a bordo.

—¿Está el patrón en la barcaza, Bruin?

La voz de Watts hizo dar un respingo al pistolero.

—Sí —dijo—. Pero no encenderá ninguna luz hasta que estemos a bordo.

—Bien, vamos allá. Tú delante, Clement...

Empecé a bajar los escalones, resbaladizos a causa de la humedad. Tan pronto pisé la cubierta una figura surgió por un escotillón.

—¿Todo bien, patrón? —Gruñó el hombre.

—Sí, Beavis. Podemos largarnos de aquí. Ya sabes dónde tienes que llevar este trasto.

—Descuide.

Ni siquiera me dirigió una mirada. Volvió a hundirse por el mismo lugar donde había aparecido y Lou Watts me empujó hacia popa.

—Si tienes la idea de saltar por la borda —dijo— olvídala. Te cazaría a tiros, aparte de que nado como un pez.

Bruin abrió una trampilla del suelo y descendió, desapareciendo en la oscuridad. Pronto brilló una luz y Watts me obligó a descender.

Me encontré en una pequeña cámara desnuda de todo mobiliario. Sólo un rollo de cuerda adosado a un rincón.

—Tranquilo, pajarito —se burló el pistolero—. Mientras hay vida hay esperanza, ¿no es así?

Una risotada coreó su frase. Desde arriba, Lou le advirtió:

—Cierra la boca, Gerome. Esta vez me respondes con tu cabeza de nuestro amigo.

Sus pasos resonaron en las tablas de madera cuando se alejó. El pistolero me ordenó:

—Quítate todo lo que llevas en los bolsillos...

Obedecí, incluyendo los cigarrillos.

—Las cerillas, tipo listo —gruñó cuando dejé de tirar cosas al suelo...

—No me quedan, Bruin. Puedes registrarme si quieres.

Lo pensó un poco. Por lo visto, temió que tratase de agredirle, porque hizo una mueca y se agachó para apoderarse de mis pertenencias, pero incluso agachado no me perdió de vista ni un segundo, siempre con el enorme revólver apuntando hacia mí.

Pero yo estaba tan desesperado que no me habría importado atacarlo en aquel mismo instante, desafiando el balazo fatal que sin duda tendría que acertarme. Pero me esforcé por dominar mis nervios. Desde que había llegado a la conclusión de que no podía esperar ayuda de Bob, todos mis pensamientos estaban dedicados a un solo fin: la huida. Pero no con las manos vacías, sino después de haber acabado con aquellas dos fieras despiadadas, los dos responsables que quedaban de cuantos habían intentado asesinar a Myra.

Bruin se incorporó poco a poco, vigilándome.

—Al rincón, Clement. Te advierto que esos mamparos de madera son tan duros como el hierro, de manera que es inútil que intentes

agujerearlos...

—¿Crees que no lo sé?

Se acercó a la escalerilla, unos simples hierros atornillados al mamparo. Empezó a subir y todos mis músculos se pusieron tensos. Era la última oportunidad.

Estaba a mitad de la cámara, pero desde allí me lancé al aire con las manos por delante, igual que si saltara un trampolín.

Mis dedos se cerraron alrededor de sus tobillos, cuando la mitad de su cuerpo ya estaba fuera de mi vista. Tiré de ellos salvajemente y los dos rodamos por el suelo como fardos.

Me aparté de él lo justo para poder propinarle un puntapié a la mano armada, que estaba moviendo con la evidente intención de matarme allí mismo.

La punta de mi zapato dio justo en sus dedos. El revólver salió volando, golpeó contra el techo y fue a caer dentro del rollo de cuerda.

Los juramentos del pistolero retumbaron en el reducido espacio, pero no esperé a que se calmara, sino que repetí el puntapié y le alcancé la espinilla.

Se derrumbó otra vez, aullando y maldiciendo todo a la vez. Estaba como loco de furor, pero era fuerte como un toro y estaba acostumbrado a luchar, al contrario de mí.

Salté sobre él cuando intentaba incorporarse y le golpeé brutalmente con ambos puños en la nuca. Su cara hizo retemblar las tablas del suelo, pero consiguió sacudírseme de encima, tirándome al otro lado de la cámara, momento que aprovechó para levantarse pesadamente, resoplando como una máquina de vapor y vomitando maldiciones.

—¡Voy a hacerte trizas! —Gruñó, avanzando hacia mí resueltamente.

Escurrí el bulto, pero me cazó con un golpe de refilón que me hizo rebotar contra la pared de madera. Caí de rodillas y lo vi venir como un búfalo loco. Ya no razonaba, sólo ansiaba destrozarme... Sentí deseos de chillar pidiendo ayuda, pero era una situación que tenía que ventilar por mis propias fuerzas, de manera que aguardé su embestida.

Fue peor de lo que había supuesto. Si bien mi puño se incrustó bajo su mentón, él no pareció advertirlo. En cambio, un golpe como

la cox de una mula me levantó del suelo arrojándome de espaldas al otro lado.

Bruin refunfuñaba y gruñía como un animal enfurecido. No pensaba que si me destrozaba de nada les serviría mi cadáver. Creo que ni siquiera utilizaba el cerebro para nada en aquellos instantes.

Me lo encontré encima cuando todavía no había salido de mi aturdimiento. Instintivamente, levanté la pierna con tantas fuerzas como pude reunir. Tuve la suerte de acertarle en un punto vital, porque retrocedió, doblado como una navaja y barboteando de dolor.

Eso me permitió levantarme del todo, apoyado en el mamparo. Era cuestión de tiempo que él acabase conmigo, o que Lou oyera el estrépito de la lucha y viniera para ponerle fin a tiros.

A menos que...

El revólver había caído dentro del rollo de cuerda. Lo recordaba muy bien. En cambio, Bruin estaba tan seguro de hacerme trizas que ni se preocupaba del arma.

Fui deslizándome a lo largo de la pared. Él consiguió recobrar el resuello y se enderezó. Sus ojos turbios se clavaron en mí, y me enseñó sus dientes amarillentos en una fea sonrisa.

—Quieres pelea, ¿eh, chico?

Estaba seguro de su fuerza. Pero incluso así, avanzó despacio, las manos engarfiadas, un poco inclinado hacia adelante y una bestial expresión en su cara.

Llegué junto al rollo de cuerdas y me detuve. Fingí que tropezaba con el bulto y me dejé caer sentado hacia atrás, mientras mi mano se hundía dentro del pequeño pozo de cáñamo. Encontré el revólver tan pronto mi mano tanteó.

Pero entonces ya Bruin me caía encima como una montaña. Su primer impacto lanzó mi cabeza igual que una pelota contra las maderas. Me derrumbé, pero sin abandonar el revólver, que arrastré conmigo.

Sentí el peso del pistolero sobre mí, mientras sus manos tanteaban mi garganta en un claro intento de estrangularme.

Comenzó a reír salvajemente cuando sus dedos se cerraron alrededor de mi cuello.

Me retorcí y conseguí doblar el brazo lo suficiente para levantar el cañón de la poderosa arma. El aire faltaba ya en mis pulmones y

un dolor sordo comenzaba a latir en mis sienes...

Entonces apreté el disparador y el terrible estampido retumbó dentro de la reducida cámara como una bomba de metralla.

La risa de Bruin se convirtió en un gorgoteo, mientras sus manos dejaban de apretar mi garganta. Su peso sobre mí aumentó, aplastándome.

Hice esfuerzos para deslizarme fuera de aquella mole de músculos, y cuando lo conseguí él cayó de cara al suelo y ya no se movió.

Corrí tambaleándome hacia la escalerilla. Si me cazaban allí abajo el revólver no me serviría de nada.

Salté hacia arriba. Pasos lanzados a la carrera se acercaban... no iban a darme tiempo a asomar la cabeza siquiera...

Y en aquel preciso instante, retumbó un estampido en alguna parte. Los pasos sobre cubierta se detuvieron en seco, luego sonó una maldición y alguien se dejó caer. Al mismo tiempo, un revólver de pequeño calibre ladró por encima de mi cabeza, aunque los tiros no fueron dirigidos hacia la trampilla abierta que había sobre mi cabeza.

El sordo estampido se repitió. La voz de Watts siguió maldiciendo en cubierta, y de repente se elevó en un grito autoritario:

—¡Gerome! ¿Lo has matado?

—¡Sí!

Mi grito fue sordo porque la voz no me obedeció, pero contribuyó a engañarlo.

—Bueno, déjalo y sube aquí. Hay alguien en el muelle disparando contra nosotros.

Subí los peldaños de hierro y asomé la cabeza con precaución. En los primeros instantes no pude descubrir al asesino, pero cuando disparó vi que el fogonazo brotaba al otro lado del gran fardo de los encerados.

El que disparaba desde tierra lo hacía tendido en el suelo. Pero un enorme alivio me invadió al reconocer los poderosos estampidos del viejo revólver de Bob.

Después de todo, había acudido en mi ayuda.

—¿Qué esperas, Gerome? —bramó Lou—. ¡Dispara, maldito seas!

Lo hice, pero apuntando al aire. Repetí el tiro cuando me deslicé sobre las húmedas tablas como un lagarto, la barriga pegada al suelo.

Entre el retumbar de los disparos se elevó la voz potente de Bob como un clarín de guerra:

—¡Sandy! ¿Estás bien?

—¡Ese imbécil...! —exclamó Watts desde su escondite.

Me detuve justo cuando llegué a un punto desde el que podía dominarlo con mi arma. Lo tenía ante el cañón del revólver y un insólito placer me invadió.

No obstante, me encontré sin fuerzas para matarlo por la espalda. Me llamé imbécil, porque él había planeado algo mucho más horrible para mí, pero no pude matarlo como a un perro.

Entretanto, desde el muelle. Bob había cesado de disparar. La barcaza estaba a poca distancia de tierra, pero se alejaba lentamente, llevada por la corriente.

Entonces dije sin elevar mucho la voz:

—¡Suelte el revólver, Lou, le tengo cubierto!

Saltó en pie como impulsado por un resorte.

—¿Qué infiernos sig...?

Nunca terminó su pregunta. El revólver de la orilla retumbó y Watts pegó una voltereta en el aire. Se retorció sobre sí mismo y finalmente rodó sobre cubierta vomitando una catarata de sangre.

Me aparté de él temblando igual que una criatura. Pero no estaba todo hecho todavía.

Me lancé a la búsqueda del patrón de la barcaza y lo encontré luchando por poner en marcha un motor de gasolina. Se quedó muy quieto cuando me vio con el revólver en la mano.

—¡Cuidado con lo que hace, abuelo! —Le advertí—. Vuelva a tierra este cascarón o lo hundo y a usted con él.

—Mire, yo no tengo nada que ver con todo esto... alquilaron mi barcaza y...

—Ese cuento guárdese para la policía. Vamos, a tierra.

—Sí... sí... ese maldito motor...

Consiguió que el trasto se pusiera en marcha. Lo dejé encerrado junto al timón y me lancé en busca del botín de Watts. Hallé el paquete intacto y lo subí a cubierta. Después de todo, Lou *Butcher* Watts no había podido disfrutar de su fortuna.

Tan pronto salté sobre el muelle me vi rodeado de policías del puerto. Descubrí a Bob discutiendo acaloradamente con un oficial, pero cuando me vio corrió hacia mí, inmensamente aliviado al verme vivo todavía.

Lo abracé, agradecido. Durante unos instantes no pude hablar. El oficial nos sacudió y habló, gruñón:

—¿Quién diablos es usted y qué ha sucedido a bordo?

—Míre, llame al teniente Mac William, de Homicidios. Éste es un asunto para él.

Mandó a uno de sus hombres a telefonear, pero quiso que le explicase lo sucedido, de manera que tuve que hacerlo. Bob pegó un brinco cuando les notifiqué el contenido del fardo.

A partir de aquel instante los acontecimientos se precipitaron. Me cansé de hacer declaraciones, firmar papeles, contemplar caras de policías curiosos examinándome, ver cómo manoseaban los fajos de billetes...

Al fin, a los ocho de la mañana, la cosa se calmó un poco. El teniente bostezó y después dijo:

—Debería encerrarle a usted por haber actuado de manera suicida, pero temo que los reporteros no me lo perdonarían jamás. ¿Qué tal si me acompaña a desayunar?

—Lo siento, esta mañana no, teniente.

—¿Por qué? Sigue estando usted sin trabajo, ¿no?

—Seguro, pero tengo una cita en el hospital, ¿lo recuerda?

—¡Oh, diablo!

Sonrió, pero no hizo comentario alguno. Sólo cuando ya me iba dijo, como si fuera un comentario sin importancia:

—Ahora que recuerdo... hay una recompensa del diez por ciento para quien recupere el botín de Lou Watts. Imagino que no la despreciará, ¿eh, Clement?

—¡Diablos, no! Voy a necesitar ese dinero... mucho dinero, teniente.

—Lo que usted necesita es una temporada de descanso.

—También lo tendré tan pronto Myra salga del hospital. Suponiendo que el viaje de luna de miel pueda considerarse como un descanso.

EPÍLOGO

Abandoné la oficina. Mac William quedó allí, riendo.

Mientras un taxi me llevaba rumbo al hospital, pensé que abriría una cuenta en el *Shearwater City Bank* con la cantidad que me dieran de recompensa. Le restregaría el dinero por las narices al director y hasta posiblemente le obligaría a pedirme disculpas.

De lo que sí estaba seguro era que jamás volvería a trabajar para él ni para nadie semejante. Con todo el dinero que iba a ser mío... menos una parte para Bob, quizá pudiera abrir un negocio. Con Myra a mi lado...

Myra.

Cerré los ojos. En mi imaginación vi su rostro tan pálido, acechado por la muerte. Reviví el recuerdo de su belleza y estuve tentado de acuciar al taxista. No obstante, me mantuve callado.

También ese tiempo que el coche tardaba en llegar al hospital resultaba una especie de agradable anticipo.

Myra...

Era tan hermosa que daba vértigo mirarla. Pensé también que, después de todo, iba a entregarle algo que ella había salvado:

Mi propia vida.

FIN

ESO TIENE
VETERANO

un
VETERANO SABOR



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain.